

HOMBRES EN VENTA

clark carrados

Hombres en venta
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/370

CAPÍTULO I

Cuando le tocó el turnó, pronunció su nombre:

—Kenner.

El anotador escribió la palabra. Luego levantó la vista y le examinó con atención.

Kenner soportó en silencio el examen. En torno a él, se escuchaban los zumbidos de las conversaciones de los otros individuos que, como él, esperaban alistarse.

El anotador pareció quedar complacido de la estructura anatómica de Kenner: hombros anchos, caderas escurridas, solidez muscular, semblante resuelto y pocos años, menos de cuarenta. Las ropas estaban usadas, pero esto era cosa común en todos cuantos querían alistarse.

—Se están formando varias compañías —manifestó el anotador —. ¿Tiene preferencia por alguna de ellas, Kenner?

El joven se encogió de hombros.

—Tanto me da —contestó.

El anotador le hizo un signo.

—En tal caso, le enviaré a la Compañía de Zondar. Es muy probable que dentro de poco le salga un contrato. Creo que ahora anda en negociaciones con alguien que trata de comprar sus servicios, pero, en todo caso, es una de las mejores. ¿Qué experiencia bélica posee?

—Ninguna, pero sé manejar cualquier clase de armas.

—¿Dónde se entrenó, Kenner?

—En el Campamento Pfilzer.

El anotador le miró con un poco más de respeto.

—Tiene buena fama —comentó. Y le presentó la pluma—. Si

está conforme, ponga su nombre al pie del contrato de alistamiento. Indique también el lugar donde quiere que se le depositen sus pagas. Ya sabe que, una vez en campaña, no recibirá un solo sueldo. Todas sus pagas se le entregarán al regreso de la campaña. En caso de muerte, ese dinero pasará a la persona que usted señale, Kenner.

Kenner escribió rápidamente unas palabras. El anotador tomó el papel, le echó un vistazo y lo depositó en una bandeja que tenía al alcance de su mano.

A continuación, abrió un cajón y sacó dos cosas: una chapa dorada, circular, con una Z mayúscula en su centro, y un pequeño fajo de billetes.

—Póngase la insignia de la Compañía Zondar —indicó el anotador. Le entregó también el dinero—. Mil sueldos, que le serán descontados de sus pagas —añadió.

—Gracias —respondió el joven, tomando ambas cosas.

—Espere allí —indicó el anotador, y señaló un rincón de la espaciosa habitación.

Había tres o cuatro individuos en aquel lugar. Todos ellos ostentaban en su pecho la insignia de la Compañía. Su vestuario era diferente, incluso destrozado en un par de casos, pero la Z negra sobre fondo dorado les confería una especie de uniformidad que les servía de distintivo.

Dos de ellos llevaban bajo la chapa tres barras negras, símbolo de otras tantas campañas. El otro sólo llevaba una barra. Kenner se sintió un tanto encogido al ver que era un novato.

Parecían tipos duros, recios, cuyos semblantes expresaban claramente sus sentimientos personales, mejor dicho: la falta de ellos. En las Compañías mercenarias, era preciso estar desprovisto de sentimientos, de lo contrario, el fracaso se producía rápidamente.

Y fracasar en una Compañía mercenaria sólo tenía un significado: la muerte.

Estaban hablando de pasadas hazañas cuando se acercó Kenner a ellos.

—... el hijo de perra me sacó de pronto una pistola lanzarrayos. Le ensarté antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. Chillaba como un cerdo.

—Yo le hubiera hecho comerse la pistola —dijo otro.

—Me llamo Kenner —intervino el joven en aquel momento—. Creo que pertenecemos todos a la misma Compañía.

Los sujetos le miraron apreciativamente.

—Nuevo, ¿eh? —dijo uno de ellos, con tres barras negras bajo el distintivo dorado.

—Ajá —contestó Kenner.

— Yo soy Min —se presentó el tipo—. Éstos son Poltakov y Paxton. ¿Estás seguro de que quieres venir a la Compañía de Zondar?

—Lo mismo me daba una que otra —manifestó Kenner—. ¿Qué diferencia hay entre todas las Compañías?

—En la de Zondar se pelea los trescientos sesenta y cinco días del año —dijo Min, cuyo rostro parecía el de un oriental.

—Bueno, si te tropiezas con un planeta de cinco años de revolución sidérea, eso significa que estás peleando el equivalente a mil ochocientos veinticinco días terrestres —rió Paxton—. ¿Para cuánto tiempo te has alistado, Kenner?

—Una campaña, supongo. No miré más —respondió el aludido.

—En cierta ocasión, una campaña me duró cuatro años y medio. Terrestres, claro —manifestó Poltakov—. Pero es un alistamiento corriente.

En aquel momento sonó una voz femenina. Volvieron la cabeza.

Había una mujer frente al anotador. Parecía encolerizada.

—¿Quién le ha dicho que no se admiten mujeres—soldados en las Compañías? —preguntaba ella en aquellos instantes, inclinando el busto hacia el anotador—. ¿En qué ley está escrito que los mercenarios hayan de pertenecer solamente al sexo masculino?

El anotador parecía perplejo.

—No sé… Éste es el primer caso…

—¿Hay alguna ley que especifique taxativamente que una mujer no puede alistarse? — inquirió ella en tono agresivo.

—Bien, tanto como eso…

—Entonces, déme un papel y firmaré el alistamiento por toda una campaña. En la Compañía de Zondar —agregó, para que no hubiese lugar a error.

El anotador se resistía aún a alistarla.

—Señora, las campañas son muy duras y no sé si usted tendrá la suficiente fortaleza como para resistir…

Era una mujer joven, de unos veinticinco años, alta y robusta, de pecho amplio y recias caderas. Vestía una blusa de color crema y unos pantalones que le llegaban a medio muslo. La blusa no tenía mangas. Su pelo era negro, corto como el de un muchacho, y tenía la tez algo oscura, de color canela claro. No era muy bonita, pero tampoco resultaba desagradable mirarla.

Miró al anotador con furia. De pronto, dio la vuelta a la mesa y se situó junto a él.

—Conque no soy lo suficientemente fuerte, ¿eh?

De repente, agarró al anotador por la cintura y lo levantó a pulso. El anotador era un sujeto hercúleo, de casi dos metros de estatura y noventa kilos de peso, pero para la joven no pareció representar un esfuerzo excesivo al sostenerlo en alto con una sola mano.

—¿Soy fuerte o no, pedazo de idiota? —preguntó en tono agresivo.

—Sí, está bien. Suélteme, la alistaré —bramó el anotador.

La sala de alistamiento era un torbellino de carcajadas. Ella movió el brazo hacia un lado. El anotador cayó sobre la silla y la redujo a astillas.

Se levantó, frotándose la cadera, a la vez que miraba a la joven con gesto resentido.

—No cabe duda, señora; es usted más fuerte que muchos de los imbéciles que están aquí — gruñó.

—Perdone, amigo —dijo, sonriendo—. Pero era necesario que viese que, efectivamente, tengo músculos. ¿Dónde hay que firmar?

Momentos después, la joven se acercaba al grupo formado por Kenner y los otros mercenarios. El distintivo de la Compañía de Zondar brillaba ya en su pecho.

—Me llamo Tilla —dijo escuetamente—. Parece que vamos a pelear juntos.

Los veteranos estaban sin aliento.

—Señora —dijo Min al cabo—, si pelea usted en las selvas arturianas tan bien como lo ha hecho aquí, no cabe la menor duda de que será un buen soldado.

—Eso es lo que pretendo ser —respondió la muchacha. Miró a Kenner—. ¿También tú eres nuevo?

—Sí, acabo de alistarme —respondió él.

Tilla meneó la cabeza.

—Nos hemos vendido por un puñado de sueldos —dijo—. Pero es que, hoy día, la Tierra es el único sitio donde se encuentran buenos soldados profesionales que sepan pelear.

A Kenner le bailaba en la punta de la lengua el preguntarle por qué una mujer joven y no mal parecida, a pesar de su gran corpulencia, se alistaba como un simple mercenario, quizá para morir horriblemente en algún oscuro planeta. Pero su experiencia le hacía comprender que en aquellos lugares, las preguntas personales estaban de más.

—Así es —convino Poltakov—. Pero cuando uno no sabe hacer otra cosa o busca emociones, el alistamiento en una Compañía de guerreros es el mejor medio de gastar dinero… o de divertirse.

—Y de desaparecer cualquier día, sin que nadie te llore —habló Paxton—. Bueno, yo tengo familia, pero nunca se han ocupado demasiado de mí… y ya se enjugarán las lágrimas cuando reciban mis pagas.

—Tú cobras más, ¿no es así? —preguntó Tilla.

—Sí. La paga corriente, más un plus de mil sueldos mensuales por cada campaña —respondió Paxton con orgullo.

—¡Psch, no está mal! —murmuró Tilla.

En aquel momento, se les acercó un sujeto, negro como el carbón y pequeño como un pigmeo, pero enormemente ancho y robusto.

—Soy el sargento Wark —se presentó, abombando el pecho para que se le vieran los galones que indicaban su grado—. El anotador me ha dicho que vosotros sois los últimos reclutas.

—Así es —respondió Min por todos.

Wark miró a la joven de arriba abajo. Su vista se detuvo ostensiblemente en el círculo dorado, que reposaba sobre su amplio busto. Tilla soportó el examen con estoicismo.

—Es la primera vez que una mujer se alista en nuestra Compañía —comentó.

—Alguien tenía que romper el fuego, sargento —dijo Tilla de buen humor.

—El capitán tiene el derecho de refrendar o denegar el alistamiento —declaró Wark—. En fin, si ese es su gusto, yo no tengo nada que oponer personalmente.

Miró a los otros.

—Vosotros dos —se dirigió a Min y a Poltakov—, ya habéis estado en la Compañía de Zondar. Por lo tanto, ya conocéis las reglas.

Min y Poltakov movieron la cabeza afirmativamente.

—Os encargaréis de estos dos —señaló a Kenner y a Paxton.

—Conforme —dijeron los dos primeros a dúo.

—Y de mí, ¿quién se encargará? —preguntó la chica.

Wark la miró de hito en hito.

—Eso, lo resolverá el capitán Zondar en persona. Vamos al cuartel.

Todavía se les agregaron cinco reclutas más, antes de abandonar el centro de alistamiento. Mercado de hombres, solían llamarle, en sentido despectivo.

Y, la verdad, así era, aunque no se compraban allí los hombres, sino que ellos mismos se vendían.

CAPÍTULO II

Cada Compañía tenía su cuartel propio. Kenner, Tilla y los demás, fueron conducidos al cuartel y alojados de forma adecuada.

Con respecto a la chica, surgieron algunos inconvenientes, que pronto fueron soslayados, asignándole una habitación para ella sola. Tilla aceptó el distingo con singular desenvoltura, sin mostrarse cohibida en ningún momento; antes bien, Kenner tenía la sensación de que esperaba que, pese a ser teóricamente un simple guerrero, se le debían tales deferencias.

En cuanto a Kenner fue alojado en una habitación de interior espartano, dotada con cuatro literas, en dos parejas. Unos pequeños armarios, dos sillas y un lavabo completaban el resto del mobiliario. Los cuartos de baño y duchas estaban al final del largo corredor, a ambos lados del cual se abrían las puertas que conducían a los alojamientos de los mercenarios.

Kenner no tenía equipaje; sólo lo puesto.

Observó que algunos de los que estaban con él usaban armas: pistolas y puñales, principalmente. Había sido entrenado en el uso de toda clase de armas, desde el cañón «mataplanetas» al lazo de

estrangular, y supuso que más de uno de sus compañeros llevaría escondida, bajo los pliegues del traje, algún arma secreta, diminuta pero terriblemente eficaz, a que tan aficionados eran los mercenarios del espacio.

Una voz se escuchó de pronto en la estancia, irrumpiendo a través de un megáfono hábilmente disimilado:

—El salón de diversión está abierto. Raciones de comida a partir de veinticinco sueldos.

La voz calló. Kenner se volvió hacia uno de los veteranos, reenganchado después que Tilla.

—¿Qué es eso de salón de diversión? —preguntó.

El veterano se llamaba André.

Tenía el rostro que parecía un campo recién arado, a causa de las cicatrices que lo surcaban. Bajo el distintivo de la Compañía, se veían cuatro barras negras, indicadoras de otras tantas campañas.

—Amigo, se nota que eres novato —contestó, con aire de superioridad—. Cuando firmaste el alistamiento, te vendiste en cuerpo y alma, ¿no es eso?

—Bueno —admitió Kenner, no demasiado convencido.

—Te han entregado mil sueldos como anticipo y puedes pedir más, hasta agotar la paga de un mes, si te hace falta. Comprenderás que el capitán Zondar no va a ser tan tonto como para permitir que se le escape un tipo, sin antes haberle sacado todo el jugo. Aquí, en el cuartel, hay de todo lo que un hombre puede necesitar. Comida, bebida, juego y...

Dejó la frase sin concluir, guiñando un ojo en dirección a Paxton, que era otro de los que compartían la habitación. Paxton rió a grandes carcajadas.

—Imagínatelo, muchacho —dijo, palmeándole las espaldas—. ¿Qué, vamos?

Salieron los cuatro: Kenner, Poltakov, André y Paxton. Min había sido destinado a otra habitación.

El corredor estaba lleno de guerreros que se dirigían hacia la escalera, charlando excitadamente. Kenner hablaba muy poco, prefería callar y escuchar, a fin de aprender con más rapidez.

Descendieron dos pisos, atravesaron un amplio zaguán y llegaron a una gran puerta, al otro lado de la cual se oía ya un gran ruido de voces, música y risas femeninas.

En unión de sus compañeros, Kenner traspasó la puerta.

Entró en un vasto salón, de elevada bóveda, en el que había al menos un centenar de mesas, dispuestas para ser servidas. Al fondo, divisó un pequeño escenario, en el cual actuaban cuatro músicos. A la derecha, una barra larguísima, de veinte metros al menos, estaba totalmente ocupada por los mercenarios, entre los cuales se divisaban numerosas mujeres, la mayoría jóvenes y hermosas.

Kenner y sus compañeros ocuparon una mesa.

Un camarero se les acercó en seguida, bloc en ristre, a tomar nota de sus pedidos. Cada cual encargó lo que más le apetecía. El camarero anotaba, citaba el precio y el mercenario pagaba en el acto.

—Como ves, lo que más hay aquí es confianza —dijo Poltakov de buen humor—. El cajero de la compañía no admite vales; sólo dinero contante y sonante. Por lo demás, mientras tengas encima un sueldo, conseguirás todo lo que se te apetezca.

Se les acercaron tres muchachas, hermosas y sonrientes.

Paxton les trajo sillas y entablaron una animada conversación. Kenner se sentía un tanto azarado; en cierto modo, era una experiencia nueva para él.

Vino el camarero con los pedidos. Kenner había encargado comida y atacó su plato con gran apetito.

De pronto, sonó un agudo grito en la mesa contigua.

—¡Eh, esto se avisa, tú! —dijo una mujer, alzando en alto un brazo.

Kenner respingó. Era un brazo artificial y estaba tan bien imitado, que parecía auténtico.

El brazo pertenecía a un mercenario gigantesco, con un parche sobre el ojo derecho. El hombre lanzó un rugido de cólera.

—¡Trae eso acá, maldita! —rugió, a la vez que disparaba su mano derecha.

La mujer dio dos vueltas sobre sí misma y fue a caer sobre las rodillas del joven. Kenner miró al guerrero, el cual estaba ajustándose de nuevo la prótesis al muñón.

—No me gustan los tipos que pegan a las mujeres —dijo con voz tensa.

El tuerto le devolvió la mirada. Hizo un brusco movimiento y sonó un seco chasquido. El brazo acababa de ajustarse de nuevo al

alvéolo que lo conectaba al muñón,

—Repítemelo, piojoso novato —contestó en tono ofensivo.

Kenner tomó por los hombros a la chica y la apartó con suavidad.

—Dispénsame, guapa —murmuró. Y se puso en pie.

En torno a ellos se hizo un gran silencio. Muchos mercenarios se pusieron en pie, alargando los cuellos para ver la escena.

—¡Machácale, Jannsen! —gritó uno.

Kenner se enteró así del nombre del tuerto. Se dispuso a darle una lección, pero, al mismo tiempo, lo hacía por adquirir cierto prestigio entre sus compañeros.

En voz baja, Poltakov le advirtió:

—Cuidado con el brazo. Es su arma favorita… y es transformable.

Kenner asintió.

Sabía que muchos veteranos, habiendo perdido algún miembro como consecuencia de las heridas sufridas en alguna campaña, se hacían colocar prótesis transformables. Y si Jannsen le mataba, nadie le diría nada: los cuarteles de los guerreros profesionales del espacio gozaban del derecho de inmunidad de cuanto sucedía en su interior.

Jannsen le pasaba al menos veinte centímetros y otros tantos kilos. Era un verdadero hércules.

—Acércate, mocito —fanfarroneó—. Voy a convertirte en picadillo.

Sonaron algunas risas.

Los espectadores disfrutaban por anticipado con la escena, sobre todo, los que conocían las hazañas de Jannsen.

Kenner dio dos pasos hacia el tuerto. Éste amagó con el brazo izquierdo y, de repente, disparó el derecho con todas sus fuerzas, en semicírculo horizontal.

En la mano artificial acababa de surgir una afiladísima cuchilla de doce centímetros de largo y cuatro de ancho. Kenner podía perecer decapitado en un santiamén.

Kenner se agachó. El brazo artificial silbó por encima de su nuca.

Al mismo tiempo, clavó ambos pulgares en los flancos de su adversario, una, dos, tres veces, con todas sus fuerzas, empleando

sus propios brazos como los de una gran tenaza. Dio un salto atrás y se puso fuera del alcance de Jannsen.

El tuerto se había quedado sin aliento, con la boca abierta, incapaz de aspirar ni de expeler el aire de sus pulmones.

Antes de que pudiera recuperarse, Kenner le rodeó e, inclinándose, golpeó sus piernas por delante, a unos centímetros encima de las rodillas.

Kenner no quiso golpear muy fuerte: había visto más de una vez quebrarse los fémures como si fuesen simples palillos con aquellos golpes. Pero fueron bastante para que las piernas de Jannsen flaquearan y el hombrón se viniera abajo con gran estrépito.

El pie de Kenner se posó sobre el brazo artificial del tuerto.

—¿Te rindes? —preguntó.

Jannsen movió la cabeza en sentido negativo. Su único ojo despedía rayos de cólera.

—¡No! —rugió—. ¡Apártate, bastardo!

Kenner alargó la mano.

Poltakov entendió y le arrojó al vuelo un agudo puñal, delgado como una aguja, con mecanismo de gravedad. Kenner presionó un botón y el puñal adquirió cinco gravedades de repente.

Levantó el brazo derecho, suspendiendo el puñal sobre el rostro de Jannsen a dos metros de altura. Jannsen miró el arma con expresión agónica.

Si el joven soltaba el puñal, su cráneo sería atravesado como si fuese de simple cartulina. Sudó de miedo en el acto.

—Está bien —dijo—. Me rindo.

—Pedirás perdón a la chica —ordenó el joven.

—De acuerdo.

Kenner se retiró a un lado, desconectando el exceso de gravedad del puñal, el cual devolvió a su dueño.

Jannsen se puso en pie y farfulló unas cuantas palabras en dirección a la mujer.

Luego miró al joven.

—Nos veremos —prometió.

Poltakov se puso en pie.

—Jannsen, el chico te ha vencido en buena lid. No le juegues ninguna mala pasada o te costará caro —advirtió.

Jannsen rezongó una blasfemia entre dientes. Luego giró sobre

sus talones y se reunió de nuevo con sus amigos.

La mujer golpeada se acercó al joven.

—Gracias, amigo —dijo.

Kenner movió la mano.

—No me gustó lo que te hizo ese tipo —respondió.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó ella.

—No. Estoy bien solo. Vete.

La mujer se encogió de hombros y se marchó.

—¿Qué te pasa? — preguntó Paxton—. Es una chica muy guapa.

—Por ahora, prefiero seguir comiendo —contestó Kenner.

Y levantó la mano para que acudiese el camarero.

Entonces fue cuando brilló un tremendo relámpago cerca del escenario donde tocaba la orquesta. Una nube de humo gris se alzó, a la vez que sonaba un tremendo estampido.

Media docena de mesas volaron por los aires. Saltaron varios cuerpos despedazados y el larguísimo espejo del bar se agrietó.

Uno de los músicos se quedó sin cabeza. El otro se quedó mirando de forma estúpida sus brazos. Un segundo antes tenía en ellos una trompeta y dos manos; ahora, trompeta y manos habían desaparecido y los muñones le sangraban horriblemente. Se desplomó, chillando y sollozando de manera convulsiva.

La confusión era espantosa. Los alaridos de dolor de los heridos sobresalían por encima de cualquier otro sonido de los muchos que invadían el ambiente.

Un hombre pasó corriendo por delante de ellos, con las manos apoyadas en su vientre. Kenner tuvo la fugaz visión de unos intestinos asomando por la herida. De pronto, el hombre se derrumbó de golpe, como un tronco recién cortado.

Cerca de él, alguien pronunció una frase que, por el momento, le resultó incomprensible:

—Los de O'Gor quieren dar antes de que les den.

Kenner se preguntó quiénes serían los de O'Gor. Pero el hombre que había pronunciado aquellas palabras desapareció de su vista, antes de que pudiera interrogarle.

CAPÍTULO III

El altavoz emitió una orden:

—Reunión dentro de cinco minutos, en el salón de diversión.

Kenner tiró el cigarrillo a un cenicero y abandonó la litera. Agarró su chaquetilla y se la puso, frotando maquinalmente con la manga la insignia de la Compañía.

Sus compañeros salían ya por la puerta. Los comentarios sobre el suceso de la víspera habían quedado agotados ya.

El ambiente era tenso, de dureza. Los mercenarios podían tener rivalidades mutuas, incluso matarse entre sí en duelo, pero, frente a los extraños, constituían un frente compacto, sin fisuras. Era la única forma de sobrevivir en el espacio.

Bajaron al salón, del cual habían desaparecido las mujeres y los camareros. El local estaba casi a rebosar, con los trescientos y pico de mercenarios que componían la Compañía de Zondar.

Kenner divisó a varias personas en el escenario: el capitán Zondar, un sujeto menudo, pero fuerte y de ojos vivaces; su segundo, el teniente Wo—tung, un oriental enorme, de ciento diez kilos de peso, y tres sargentos, Wark entre ellos.

En un ángulo del escenario había un hombre, con las manos a la espalda. Dos guerreros armados con trifusil le custodiaban.

Zondar hizo un gesto con la mano. Las conversaciones se acallaron en el acto.

—¡Hombres de la Compañía! —habló Zondar.

Kenner paseó su mirada por los alrededores. ¿Dónde estaba Tilla? Ah, sí, allí podía verla, a diez pasos del escenario, un poco retirada de los demás, con los brazos cruzados bajo el opulento seno, las facciones pálidas y contraídas y el gesto adusto.

—Hombres de la Compañía —repitió el capitán—. Os he reunido aquí para que veáis que, más que vuestro jefe, soy vuestro amigo. Capitán, os dirijo en el combate; amigo, procuro castigar al que os ofende, como vosotros lo haríais sin duda con el que me ofendiera aquí. Y el ofensor está aquí presente.

Zondar tendió la mano hacia el preso, un sujeto menudo y escurridizo, de orejas un poco puntiagudas y rostro afilado, bañado en sudor. Sus ojillos se movían agónicamente en todos sentidos, buscando en vano una mirada de piedad.

—¡Venganza! —gritó uno.

—¡Venganza! —clamaron cien voces.

Zondar levantó ambas manos.

—Calma, hermanos. No será venganza, sino justicia lo que haremos. Pero antes quiero advertiros de una cosa: vamos a O'Gor. Algunos de vosotros habéis oído hablar de ese planeta.

—La Compañía de Terphelt resultó aniquilada hace doce años allí.

—… los lagartos inteligentes, de cola venenosa, son…

—… es el infierno de la Galaxia. No sé quién puede tener interés en ese maldit…

—Bien —dijo Zondar—, vamos a O'Gor. El que quiera, por supuesto. Excepcionalmente, quebrantaré mis propias reglas: concedo permiso para romper el compromiso de alistamiento a quien lo desee. El que no quiera venir a O'Gor, que se vea luego con el sargento Wark; quedará libre para marcharse. Los que vayan a venir, que levanten ahora el brazo y se acerquen aquí. Los demás, retírense a segunda fila.

Kenner levantó su brazo. Poltakov y Paxton lo hicieron también.

André dijo:

—Preferiría ponerme en el lugar del prisionero.

Y escupió a un lado, cruzando los brazos acto seguido.

Kenner calculó en ciento cincuenta los brazos levantados. Entre ellos, y con no poca sorpresa suya, el de Tilla.

Hubo un remolineo de hombres que iban y venían. Al fin, los que se quedaban, pasaron a las primeras filas.

Kenner maniobró para situarse junto a Tilla. La chica le dirigió una penetrante mirada, junto con una tenue sonrisa.

—Parece que somos de los locos —comentó.

—Estamos locos —afirmó Kenner.

Pero Zondar hablaba ya de nuevo.

—La Compañía ha sido contratada, con doble paga, para actuar en O'Gor a favor de la gobernadora Mahlenia, desposeída violentamente de su cargo, por una intriga de su consejo asesor, con violación de todas las reglas galácticas de gobierno. El Consejo Central Terrestre, en conexión con la Autoridad Suprema de la Galaxia, ha aprobado el alistamiento e intervención de una compañía de guerreros, para reponer a Mahlenia en su puesto. Nosotros hemos sido los elegidos y hemos de hacer honor a la misión que se nos ha conferido.

Zondar hizo una corta pausa.

—Como digo, las pagas serán dobles. El riesgo, en cambio, es cuádruple. Pero, además, una vez hayamos conseguido reponer a Mahlenia en su puesto, el guerrero que lo desee, podrá establecerse en O'Gor, con franquicia vitalicia para el comercio, si desea comerciar, o con la propiedad de un terreno de ciento veinte kilómetros cuadrados, en propiedad también vitalicia y exento de impuestos. Éstas son las recompensas que os esperan… pero habrá que ganárselas. No quiero hablaros de dificultades; eso no se le menciona jamás a un mercenario.

—¡Bravo, capitán! ¡Por una recompensa así, soy capaz de merendarme a O'Gor entre dos rebanadas de pan! —gritó un guerrero.

Sonaron algunas risas. Zondar sonrió.

—Bien, muchachos; me gusta veros tan animados —dijo—. Pero los peligros no están solamente en O'Gor, sino aquí: once de los nuestros han muerto despedazados por una bomba colocada por un esbirro a sueldo de los usurpadores o'gorianos; trece han resultado con heridas gravísimas y de éstos, seis han perdido miembros de su cuerpo, y todavía tenemos una docena de heridos más pero que, por fortuna, sanarán pronto; a tiempo para unirse a la expedición. Ahora ya sabéis todos lo que nos espera, aunque terminaremos el entrenamiento mientras orbitamos hacia O'Gor.

»Pero antes vamos a solucionar un pequeño asuntillo que tenemos pendiente: el hombre que colocó la bomba ha sido atrapado.

—Fusílalo, hermano capitán —rugió un guerrero.

Kenner cerró los ojos un instante.

Las leyes bélicas de la Galaxia eran implacables. El prisionero podía haber matado a un guerrero en duelo leal y no le habría pasado nada. Habiendo colocado una bomba, no tenía salvación.

—Eso es lo que vamos a hacer ahora mismo —contestó Zondar.

Giró un cuarto de vuelta y se enfrentó con el prisionero.

—¿Tienes algo que decir antes de proceder a tu ejecución?

El cautivo se lamió los labios.

—Me engañaron. La bomba falló; debía haber sido suficiente para aniquilar a toda tu Compañía —contestó.

—Entonces —dijo el capitán Zondar de buen humor—, dinos el

nombre del comerciante, para felicitarle por el engaño de que te hizo objeto.

Sonaron algunas risas. Kenner miró a Tilla.

La chica no reía. Estaba muy seria.

—Sería mejor que no miraras —aconsejó él.

Tilla movió la cabeza. En aquel momento Zondar daba una orden:

—¡Fuego!

Los dos guardianes se habían colocado ya a cuatro pasos del prisionero, con los trifusiles aprestados. Los disparos sonaron como leves chasquidos.

El reo cayó fulminado.

Kenner sabía que tenía dos proyectiles en el corazón… balas de dos milímetros de grueso, de acero sometido a elevadas tensiones moleculares, que se convertían en una especie de pata de gallo en el interior del cuerpo humano, causando tremendos destrozos en su interior, debido a la tremenda velocidad del impacto. De otro modo, lo habrían atravesado fácilmente, sin causarle apenas daño. Pero, al abrirse el proyectil en ramificaciones, los efectos eran desastrosos, pese a la delgadez de las astillas de metal.

—Es un arma canalla —dijo Kenner en alta voz, sin darse cuenta.

—Todas las armas son canallas —contestó un impasible veterano, a su lado—. Desde que Caín usó la quijada de burro, dime, hermano, ¿qué arma no es canalla?

El veterano escupió a un lado y se fue. Kenner miró a Tilla.

La chica se había vuelto de espaldas al escenario. Sin embargo, parecía haberse recobrado.

—Ese hombre tenía razón —dijo Tilla.

—Pero tú te has alistado como guerrero —alegó Kenner.

—Una forma como otra cualquiera de ganarse la vida — manifestó la chica.

—O de perderla.

—Tal vez, ¿qué más da? —Tilla movió la cabeza y se alejó con paso reposado y seguro.

Kenner hurgó en sus bolsillos y sacó cigarrillos.

Encendió uno, contemplando cómo dos camareros se llevaban el cadáver del terrorista. Zondar hablaba con sus oficiales en un lado

del escenario.

Más tarde, estando en su habitación, el megáfono pronunció su nombre:

—Recluta Kenner, preséntese inmediatamente en el despacho del capitán Zondar.

Los otros le miraron sorprendidos.

—Zondar llama a los reclutas raras veces —comentó Paxton.

—Bueno, veré lo que quiere de mí. Hasta luego —dijo Kenner, al tiempo de salir.

Minutos después, llegaba ante la puerta del despacho de Zondar. Llamó y alguien abrió desde el interior.

Kenner cruzó el umbral. Se llevó la mano derecha a la sien.

—Presente el recluta Kenner —saludó.

Dominó su sorpresa; Tilla y el tuerto Jannsen estaban allí también.

Zondar tenía unos papeles en la mano.

—Acércate, hermano Kenner —dijo.

—Sí, capitán.

Zondar hojeó los papeles con rapidez.

—Según tu hoja de alistamiento, te entrenaste en el Campamento Pfilzer.

—Así es, capitán.

—Las pruebas de acción en terreno exótico dieron una puntuación de nueve coma nueve ocho —recitó Zondar—. Las pruebas de armamento, alcanzaron una centésima más. Las pruebas de supervivencia con la comida racionada dieron un resultado de nueve coma nueve nueve. Inteligencia, nueve coma nueve siete. Rapidez de acción y pensamiento, nueve coma nueve. En total, el promedio es de nueve coma nueve nueve.

Le miró fija y penetrantemente; Zondar era bajo, pero se crecía y parecía alcanzar el doble de estatura.

—Los promedios habituales de Pfilzer rara vez sobrepasan la puntuación de nueve.

—Tuve suerte y los monitores eran benignos —manifestó Kenner.

—En modestia, te llevarías un diez —sonrió Zondar—. Bien, quedas adscrito al pelotón del sargento Jannsen, junto con la recluta Tilla. Los dos seréis sus cabos, cada uno de los cuales con

mando sobre doce hombres.

Kenner y Jannsen se miraron. La expresión del tuerto era reluctante, incluso de resentimiento.

—Ayer tuvisteis una discusión —dijo Zondar.

—Probábamos nuestra fuerza —contestó el joven.

Zondar miró al gigante con gesto pensativo.

—Se necesita ser hábil para ganar a Jannsen. Dudo mucho que haya tipos más fuertes que él, a excepción de mi teniente Wo—tung. Pero eso es lo de menos ahora.

Zondar calló unos instantes.

—Vamos a emprender una empresa muy dura, la más dura y arriesgada que haya emprendido jamás mi Compañía. Después del anuncio que hice de las recompensas a ganar, algunos de los que se echaron atrás, se desdijeron y manifestaron sus deseos de seguir en la Compañía. En total, seremos unos doscientos... para luchar contra tal vez millones. Nos espera la muerte o la riqueza, una de ambas cosas, no habrá término medio.

»Pero la riqueza no llegará si se fomenta la desunión. Y yo no toleraré ya disputas ni peleas entre mis hombres, entre mis hermanos. Mataré con mis propias manos al que luche en duelo, no importa si es provocado o provocador... los dos morirán. El provocado deberá soportar la injuria y darme cuenta a mí; y resolveré esa disputa. Esto va dirigido especialmente a vosotros dos, ¿está claro?

—Sí, capitán —dijo Jannsen.

—Enterado —respondió Kenner.

Zondar entregó a Kenner un papel.

—Ahí están los nombres de tus doce subordinados. Reúneles a todos, habla con ellos y procura ir conociéndoles. Esto es importante, sobre todo en los momentos críticos... y de estos momentos, nos esperan muchos en O’Gor.

Entonces, el joven recordó una cosa.

—Capitán —dijo.

—¿Sí, Kenner?

—Momentos después de producirse la explosión de la bomba, alguien, cerca de mí, dijo, más o menos: «Los de O’Gor quieren dar antes de que les den». Yo no sabía nada en aquellos instantes de...

Los ojos de Zondar relucieron de pronto.

—¿Estás seguro de que pronunciaron esa frase cerca de ti?

—En absoluto —respondió el joven—. Pero no me fijé en el individuo, si es eso lo que usted quiere saber.

Zondar se quedó pensativo unos instantes.

—Bien, eso es todo por ahora. Tilla, Kenner, id a conocer a vuestros subordinados.

CAPÍTULO IV

La Compañía embarcó en dos gigantescas astronaves, grandes como trasatlánticos.

Era necesario, pues llevaban una ingente cantidad de material de guerra, así como víveres y municiones de repuesto, para poder sobrevivir en el planeta durante dos años si era preciso.

No obstante, se consideraba que la campaña no duraría tanto; seis meses terrestres, como máximo. Al final de la misma, los que viviesen, serían ricos. Incluso podrían quedarse en O'Gor.

Durante el viaje, les fueron proyectadas numerosas películas documentales del planeta al cual se dirigían. O'Gor era considerado por todos como un infierno, pero era por sus habitantes, no por su ecología.

O'Gor era un planeta parecido a la Tierra, aunque sin sus diferencias ambientales tan pronunciadas. Los inviernos eran muy suaves y los veranos de poco calor. Podía decirse que se vivía en una primavera casi perpetua.

Agua y vegetación abundaban por todas partes. No había demasiadas montañas y la tónica orográfica dominante era la planicie.

Los desiertos eran inexistentes, podía decirse, aunque había dos o tres fajas, cercanas al Ecuador, de unos pocos centenares de kilómetros de extensión, donde no crecía en absoluto una sola planta ni brotaba una gota de agua.

El peligro estaba en sus habitantes, los belicosos o'gorianos y sus auxiliares, los lagartos pseudointeligentes, dotados de una cola con aguijón venenoso.

El veneno de dicho aguijón no era mortal, pero sí incurable; una picadura sumía al atacado en inconcebibles dolores, que ya no

cesaban mientras vivía. Hasta el momento, no se conocía el antídoto.

—Si te pica uno de esos lagartos, levántate la tapa de los sesos inmediatamente; padecerás menos —aconsejó a Kenner uno de los veteranos de su pelotón.

Porque, con gran sorpresa suya, Kenner había descubierto que en su escuadra había siete veteranos y cinco novatos, aparte de él. Entre los veteranos figuraban Min, Paxton y Poltakov.

Ninguno de ellos, sin embargo, parecía estar resentido por el hecho de que le hubiesen sido otorgados al joven los galones de cabo.

Los cuatro restantes veteranos eran Ramírez, con dos campañas; Turb y Hahhar, con una cada uno, y un tipo casi cincuentón, pero robusto como un roble, con la increíble cifra de seis campañas en su hoja de servicios, llamado Nexil.

Los cinco novatos eran Wengle, Tsin—Hu, Agomo, Dupont y Torres, de todas las antiguas razas y todas las antiguas nacionalidades. Un mosaico de hombres, hermanados sólidamente y unidos por el indisoluble cemento de la disciplina.

La disciplina era lo primero; después, venía la hermandad, vale decir tanto como la lealtad. Los mercenarios lo sabían: sin ambas cualidades, empleadas al grado máximo, fracasarían. Y fracasar en O'Gor, era morir.

De manera poco grata, además.

En las dos primeras semanas del viaje, Kenner estuvo muy atareado. Un día, de repente, se encontró con Tilla.

La chica vestía ahora un traje de una sola pieza, liviano y fresco. Pasaba con unos papeles en la mano y no le vio hasta que tropezó con él. Cierto es que Kenner provocó el tropezón.

Tilla levantó los ojos y sonrió.

—Hola, Kenner. Perdona, no te había visto.

—No tiene importancia. ¿Trabajo?

—Sí, un poco —respondió ella—. Zondar me ha encargado le redacte un informe.

—¿Un informe?

—Sí —Tilla eludió una respuesta demasiado directa—. Es sobre unas cuestiones que él tiene interés en conocer.

Tilla quiso continuar la marcha, pero Kenner la detuvo por el

brazo.

—Escucha —dijo.

Tilla le miró.

—Dime, Kenner.

—No quisiera parecerte presuntuoso ni engreído… pero ¿por qué no me dejas invitarte a una copa en el bar? Cuando hayas terminado tu labor, claro.

Ella sonrió.

—Te avisaré cuando haya despachado el informe, Kenner. Hasta luego.

Y se marchó.

Kenner movió la cabeza. Seguía recelando algo no muy claro en el incomprensible alistamiento de Tilla.

Cierto que era una muchacha fuerte y robusta y, además, parecía resuelta, pero ¿eran éstas cualidades suficientes para afrontar los terribles riesgos de una campaña en el terrorífico O'Gor?

Lo dudaba.

«Una mujer… es siempre una mujer, qué diablos», resumió sus pensamientos sobre el particular, casi en el momento en que los megáfonos de a bordo pronunciaban su nombre.

—Cabo Kenner, al puesto de mando del capitán Zondar.

Kenner se dirigió sin tardanza al lugar indicado. Momentos después, se hallaba ante el jefe de la Compañía.

Zondar no perdió tiempo: fue derecho al grano.

—Kenner, ¿recuerdas lo que me dijiste respecto al tipo que había pronunciado una frase poco después de la explosión?

—Sí; ya lo creo.

Los ojos de Zondar parecían taladrar su cráneo.

—Las pruebas mnemotécnicas que hiciste en Pfilzer dieron un resultado de diez coma cero cero. Estoy seguro de que sabrás reconocer la voz del sujeto que pronunció aquella frase.

—Lo intentaré.

—Tienes que conseguirlo, hermano Kenner —afirmó Zondar rotundamente. Y, en tono enfático, añadió—: En aquel momento, nadie sino yo y mi teniente sabíamos que estábamos contratados para actuar en O'Gor. ¿Comprendes?

Kenner asintió.

—Debía de ser un cómplice del terrorista ejecutado.

—Sí. Cometió un desliz. Y creo que sigue alistado en mi Compañía. Descúbrelo para darle su merecido.

Kenner tomó la caja.

—Lo intentaré —repitió.

—Lo conseguirás —repitió Zondar también—. Ya no se trata de los que murieron, sino de nosotros mismos, ¿has comprendido?

Kenner asintió con la cabeza.

—Eso es todo, gracias —dijo el capitán.

Kenner volvió a su camarote y colocó la caja sobre una mesita auxiliar. Levantó la tapa y divisó dos carretes, uno lleno y el otro vacío. Era una grabadora de hilo magnetofónica.

Presionó el botón de puesta en marcha. Sonó una voz:

—Número uno. Voz del capitán Zondar. «Eso es cosa de los del planeta O'Gor...»

Sí, tenía buena memoria. Creía que acabaría por reconocer la voz del espía.

Encendió un cigarrillo, mientras el hilo continuaba pasando y emitiendo sonidos: números, nombres y una frase corta cualquiera.

Empezaron a pasar los minutos. Eran doscientas frases las que debía escuchar.

Treinta segundos por frase... cien minutos en total, más de una hora y media. Fumó tres cigarrillos.

De pronto, cuando llevaba unos tres cuartos de hora oyendo banalidades sin fin, captó una voz a continuación de un número —las cifras habían sido grabadas directamente por Wo—tung, a fin de identificar al autor de la frase.

—Número ciento uno. Kolpser. «Si no fuese por los lagartos inteligentes, la vida en O'Gor sería una delicia continua».

Parecía la voz...

Paró la grabadora. Hizo retroceder el carrete al número noventa y nueve. Puso en marcha otra vez el aparato.

Oyó las voces de los números 99 y 100. Habló el 101, Kolpser, «Si no fuese por los lagartos...»

¡Kolpser era el que había hablado en el salón de diversión!

De repente, estalló un chasquido afuera, en el corredor.

La puerta se abrió con violencia y un hombre se precipitó en el camarote, cayendo hacia delante.

El sujeto tenía una pistola en la mano, pero estaba herido

mortalmente, según pudo advertir Kenner en la fracción de segundo que precedió a su herida.

Se puso en pie. En el mismo instante, sintió un lacerante dolor en ¡a pantorrilla derecha.

El sujeto acababa de disparar su pistola, con toda seguridad involuntariamente, en una de sus últimas convulsiones. El proyectil ramificable alcanzó al joven en la parte más carnosa de su pierna derecha.

Kenner dejó escapar un agudo grito. La pierna le falló y cayó al suelo.

Tilla apareció de pronto ante sus ojos.

La chica tenía una pistola en la mano.

—Kenner.

Fuera, en el corredor, se escuchaban gritos.

—Estoy herido —jadeó él. La pierna le sangraba en abundancia.

Jannsen apareció de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con su vozarrón de trueno.

—Ese hombre quería asesinar a Kenner —declaró la chica—. Afortunadamente, lo vi a tiempo y pude abatirle.

Kenner hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se sentó en el suelo, cogiéndose la pantorrilla con ambas manos.

—De todas formas… el tipo me hirió —dijo, dominando el intensísimo dolor que sentía.

Jannsen se arrodilló junto al caído y le dio la vuelta.

—Le conozco. Se llamaba Kolpser.

En aquel momento, llegó el capitán Zondar, acompañado de su teniente Wo—tung.

—Capitán, ahí tiene a su hombre —dijo el joven.

Zondar escrutó durante unos segundos el deformado rostro de Kolpser.

—¿Estás seguro?

—Sí. Reconocí su voz…

—Capitán —terció la muchacha—, sería mejor que llevásemos a Kenner a la enfermería. Kolpser le hirió en la pantorrilla.

Wo—tung pasó por encima del cadáver y agarró al joven con sus fuertes brazos, levantándolo como si fuese una pluma.

—Has tenido suerte —sonrió ampliamente—. Jannsen, encárgate de arrojar esa carroña al espacio.

—Bien, teniente.

CAPÍTULO V

Los mercenarios disponían de un completísimo servicio sanitario. El médico de a bordo extrajo el proyectil ramificado y cosió los destrozos causados por el mismo en la carne. Luego recubrió la herida con pasta de celulina e inmovilizó el miembro.

—La carne estará regenerada en cuatro días —afirmó—. La semana que viene ya te encontrarás en condiciones de pelear, si te necesitan.

—Gracias, doctor.

Tilla había asistido a la cura. Se quedó en la habitación de Kenner cuando el médico y su ayudante se hubieron marchado.

—Me salvaste la vida —dijo Kenner, mirándola con fijeza.

—Fue mera casualidad —respondió ella—. Me di cuenta de que el tipo escuchaba junto a tu puerta y eso me hizo entrar en sospechas. Sin ser vista, entré en mi habitación y recogí mi pistola. No quería matarle, sino herirle tan sólo... pero supongo que el nerviosismo me hizo tirar con demasiada precipitación. Él se disponía ya a matarte y...

La celulina poseía también virtudes anestésicas. La herida había dejado de dolerle a Kenner.

—No cabe la menor duda de que serás valiente cuando llegue el momento de la acción, Tilla —comentó.

La chica se ruborizó un poco.

En cierto modo, no era hermosa, pero su rostro poseía cierta dulzura que la hacía más atractiva que otras mujeres mucho más bellas que Kenner había conocido.

—Tendremos que pelear mucho —suspiró ella.

Y su busto, henchido y firme, dilató la tela de la blusa.

—¿Te quedarás a vivir en O'Gor después? —preguntó él.

—Tal vez.

Kenner miró sus manos.

—Eres soltera.

—Sí.

—¿No has sentido nunca el deseo de casarte y fundar una

familia?

Tilla estaba sentada junto a la cama. De pronto, se puso en pie y le volvió la espalda.

Respiró hondo y agitada.

—Soy alta, soy enorme... un hércules femenino... y no tengo un rostro precisamente agraciado. ¿Qué hombre querría casarse con esta montaña de carne y huesos que soy yo?

Kenner calló. Así que Tilla padecía un complejo de su propia fealdad física... que no era tal, bien mirado.

—Me hubiese gustado ser pequeña, menudita y esbelta... y ya ves, tengo las manos como palas y levantar cien kilos de peso no es problema para mí. Sólo podría casarme con un bruto como Jannsen o Wo—tung... y no quiero, Kenner.

—Un día encontrarás al hombre que necesitas —murmuró él, conmovido ante la aflicción que demostraba Tilla.

Pero la chica movió la cabeza y, de repente, sin añadir una sola palabra más, salió corriendo de la estancia, dejando a Kenner perplejo y asombrado por su extraño comportamiento.

Dos semanas más tarde, las naves aterrizaron en O'Gor.

El capitán Zondar impartió las primeras órdenes.

Una de ellas se refería al pelotón de Jannsen.

—Exploración de una semana en dirección nordeste terrestre. Enlace por radio cada doce horas. Eludan combate con nativos, a menos que sean atacados. Procuren hacer prisioneros. Llevarán dos acorazados. Eso es todo.

Los hombres del pelotón se prepararon en seguida.

Cada uno llevaría su armamento individual, consistente en el trifusil y las municiones de repuesto. Los víveres y el agua serían transportados en los acorazados.

Los enormes blindados descendieron al suelo por la rampa del hangar en que habían estado hasta aquellos momentos.

Eran dos gigantescas moles de diez metros de altura por cuarenta metros de longitud, provistos de cuatro torretas con cañones automáticos de quince y medio, más otras cuatro con sendas ametralladoras electrónicas, de seis tubos y velocidad de diez mil disparos por minuto. El calibre de las ametralladoras era de catorce milímetros.

Los acorazados terrestres eran movidos por un motor basado en

el convertidor de masa, pequeño, pero potentísimo, que empleaba como combustible cualquier cosa: desde un trozo de papel hasta un pedrusco de cinco kilos. La masa era convertida íntegramente en energía, como resultado de lo cual se obtenía una potencia de tracción fabulosa.

Las dos escuadras ocuparon sus puestos en los acorazados. Ocho hombres en los puestos artilleros, tres en los periscopios de observación, y uno en los controles. Kenner, como jefe de escuadra, tenía libertad de acción para moverse por el interior del colosal armatoste.

Los acorazados partieron al momento, deslizándose sobre sus orugas a una velocidad media de cuarenta kilómetros a la hora. El blindado de Jannsen iba en cabeza y a la izquierda, separado del de Kenner por una distancia de quinientos metros. A Kenner no le gustaba que Tilla viajase con el tuerto, pero no tenía otro remedio que hacerlo.

Los ciclos ecológicos de O'Gor eran similares a los de la Tierra. Al llegar la noche, Jannsen ordenó hacer alto.

—Permaneceremos dentro de los acorazados. Conecten los detectores de infrarrojos y mantengan un vigilante continuamente ante las pantallas. Que nadie salga afuera; es terreno propicio a los lagartos inteligentes y esos bichos podrían causamos bajas antes de tiempo.

La precaución era lógica.

No había plantas carnívoras, como en Adussan, ni pulpos terrestres, como en Jdani, pero cualquiera de estos seres era una paloma en comparación con los lagartos de O'Gor, los temibles reptiles, dotados de una especie de inteligencia que podía calificarse como a medio camino entre la de un chimpancé y la de un hombre. Esto los hacía mucho más malignos y peligrosos.

La noche transcurrió sin novedad. Al rayar el alba, reanudaron la marcha.

El acondicionamiento de aire evitaba excesivo calor dentro del acorazado. Los vigías escrutaban sin cesar el terreno con sus periscopios. Las cadenas tronchaban árboles como si fuesen palillos de dientes, abriendo ancho surco en las selvas o'gorianas.

A mediodía, sonó un fuerte estampido.

Kenner miró a través de uno de los periscopios. De uno de los

costados del blindado de Jannsen se levantaba una nube de humo blanco.

—Los o'gorianos nos atacan —dijo Jannsen a través de la radio —. Cabo Kenner, dé un rodeo en círculo de dos kilómetros y camine luego en línea recta hacia nosotros.

—Está bien.

El conductor era Min, quien había captado la orden a través de sus auriculares. Sin vacilar, lanzó el acorazado hacia delante, a cincuenta kilómetros a la hora.

Oyeron unos feroces chillidos.

—Algún lagarto se ha convertido en un bolso de señora —rió un mercenario.

El blindado devoraba el terreno. Mirando a través del periscopio, Kenner pudo ver una especie de loma, de la cual salían numerosos rayos blancos en dirección al acorazado de Jannsen.

Los cañones del blindado atacado escupían una lluvia de hierro hacia la posición enemiga. Las planchas de blindaje eran capaces de soportar cualquier impacto, menos uno de granada nuclear.

Los o'gorianos soportaban bien el fuego del acorazado de Jannsen y, a su vez, lo devolvían con sus lanzacohetes portátiles. Pero sus proyectiles rebotaban estruendosa e inofensivamente contra la coraza del armatoste.

Min ejecutó con gran pericia las órdenes de Jannsen. En pocos minutos, se situó de espaldas a la loma, oculto por un bosque muy frondoso. Kenner sacó uno de los periscopios, haciendo que el objetivo asomara por encima de las copas de los árboles.

El enemigo no se había percatado aún de su maniobra.

Kenner pudo divisar a un par de centenares de o'gorianos, tendidos en el suelo, haciendo fuego al frente, en dirección al blindado de Jannsen.

Detrás de los o'gorianos, en la contrapendiente de la loma, divisó otro centenar de lagartos.

Eran unos seres de color blancoverdoso, con forma de reptil, pero de cabeza casi humana. Su cola, larga y delgada, tenía más de dos metros de longitud y terminaba en un aguijón bifurcado, cuyas picaduras inyectaban en el cuerpo del atacado un veneno no mortal, pero sí enloquecedor a causa del dolor que causaba.

Para aquel veneno no había antídoto. Sólo la anestesia total...

pero tal estado no se podía mantener por tiempo indefinido. Era más fácil morir.

Kenner llamó a Jannsen.

—Estoy a espaldas de la posición —informó—, a unos mil quinientos metros de distancia. Veo doscientos o'gorianos y unos cien lagartos. ¿Cuáles son las instrucciones?

—Destruya a los lagartos. Avanzaremos después al mismo tiempo, para obligar a los o'gorianos a rendirse.

—Enterado.

Dejó el micrófono en su sitio.

—Las dos ametralladoras de proa, preparadas —ordenó—. Min, adelante.

El enorme leviatán de acero se puso en marcha, abriéndose paso con toda facilidad a través del bosque. Segundos después, salía a terreno despejado.

—¡Fuego contra los lagartos! —ordenó.

Los mecánicos electrónicos de las ametralladoras empezaron a funcionar. Cada una de ellas se componía de seis tubos giratorios en torno a un eje y disparaban proyectiles de catorce milímetros, a la velocidad de diez mil por minuto. El retroceso había sido anulado, por lo que los cambios de puntería eran nulos.

Las dos ametralladoras estaban montadas en sendas torretas, instaladas en la inclinada proa del blindado. Los tiradores, Hahhar y Nexil, barrieron la contrapendiente.

En menos de un minuto, los lagartos quedaron destrozados por varios millares de proyectiles. La velocidad de tiro era tan grande, que antes de que uno solo de aquellos reptiles pudiera moverse, había recibido ya una docena de balazos en el mismo sitio.

El suelo quedó literalmente arado por las balas.

En lo alto de la loma se vio ondear una bandera blanca.

—¡Se rinden! —gritó un observador.

—Cuidado; no hay que confiarse —dijo Kenner—. Y, sobre todo, que nadie desembarque bajo ningún pretexto.

Kenner avisó a su jefe de que se dirigía hacia la posición. Los o'gorianos, considerándose derrotados, empezaban a descender ya por la pendiente con las manos en alto.

CAPÍTULO VI

Cada astronave disponía de dos aeroplanos de observación para actuaciones suborbitarias. El capitán Zondar envió des aeroplanos, a cargo del sargento Work.

Rápidamente, Work seleccionó dos docenas de prisioneros, que hicieron embarcar en los aviones. Los demás fueron puestos en libertad, después de habérseles inutilizado las armas.

Kenner contempló a los abatidos o'gorianos.

Eran hombres como él y como los demás mercenarios, cuyo único delito, a lo que podía juzgar, era haberse sublevado contra una gobernadora.

La Autoridad Suprema había juzgado conveniente reprimir tal sublevación, y por dicha razón, había autorizado a Mahlenia, la gobernadora, a contratar una compañía de mercenarios.

Frustrados y amargados, los o'gorianos desaparecieron en dirección al bosque.

Los tanques, por orden de Wark, quedaron al pie de la loma, como una especie de avanzada de la Compañía.

El terreno estaba despejado en casi dos kilómetros en torno a la eminencia. Jannsen permitió que sus hombres salieran fuera de los acorazados a estirar las piernas, aunque convenientemente armados para evitar sorpresas desagradables.

Kenner se alejó un centenar de metros, situándose en un punto relativamente elevado. Se divisaba desde allí un panorama de gran efecto visual, muy agradable.

El cielo tenía un azul intenso, como en la Tierra.

Encendió un cigarrillo. Estaba solo. No quería compañía.

—¿Me das uno a mí? —dijo una voz, de pronto.

Kenner se volvió.

Tilla se le había acercado sin que se diese cuenta.

—Claro —contestó.

Tilla prendió fuego al pitillo.

—Te veo muy preocupado, Kenner.

—Sí —reconoció él sin rodeos.

—¿Por qué?

—Bien, es la primera vez que entro en combate...

—Y eso te ha impresionado.

—Hasta cierto punto. Ya contaba con ver algo por el estilo.

—¿Entonces...?

—Se trata de los nativos.

—No entiendo.

—Verás. Tenemos orden de reprimir la sublevación.

—Para eso contrataron a la Compañía.

—Es cierto. Pero, dime, Tilla, ¿es justo lo que hacemos?

Tilla le dirigió una larga mirada.

—Estimo que un mercenario no debe preguntarse nunca si es justo o no lo que hace, sino hacerlo —contestó en tono seco.

—Ésa no es una respuesta a mi pregunta, Tilla; sólo una expresión autoritaria.

—Mahlenia era la gobernadora de O'Gor. Fue destituida por los rebeldes. Tenía pleno derecho a pedir que se le devolviese a su sitial. La Autoridad Suprema le permitió contratar una Compañía. Eso es todo.

Kenner arrojó el cigarrillo al suelo, suspirando.

—Sí, pero no resuelve ciertos problemas de conciencia. Cien seres, más o menos inteligentes, han muerto de forma horrible. Unos cincuenta, como tú y como yo, han muerto también. Ellos defendían la causa que creían justa.

Tilla se encrespó.

—Mahlenia era la autoridad justa de O'Gor. Nunca debieron haberla depuesto. Todo lo que les pasa es por haber actuado de un modo ilegal.

—Pero Mahlenia debía tener soldados a su lado. ¿Por qué no los ha empleado? ¿Es que, por muy salvaje que fuese —y esto es sólo un término comparativo, no definitorio—, no había siquiera una docena que estuviesen en su favor?

Tilla se encogió de hombros.

—Estás atormentándote con algo que no tiene razón de ser. Te pagan para una sola cosa: para luchar. A favor de alguien, no importa quién ni la justicia de su causa. Si todos los mercenarios empezasen a preguntarse si lo que defienden es justo o no, las Compañías se disolverían en pocas semanas.

—Yo no podré evitar nunca hacerme esas preguntas —manifestó Kenner, mirándola de frente.

—Pero háztelas a ti mismo y no a los demás. Y mucho menos, a

tus superiores —los ojos de Tilla eran duros, hostiles—. Podrían considerar tu modo de pensar como tendente a la rebelión... y no olvides que el jefe de una Compañía de mercenarios tiene poderes ilimitados sobre sus subordinados.

Kenner suspiró.

—Sí. Lo sé. Y, diablos, tendré que seguir peleando, aunque no me guste.

—A ningún mercenario le gusta pelear, aunque te parezca lo contrario, lo hacen porque desconocen otra profesión. Pero hay muchos que consiguen salvarse de sus campañas y ahorrar. Entonces, se retiran a disfrutar de un dinero bien ganado...

—Y chorreando sangre.

Tilla y él volvieron a mirarse.

—No hables más en este tono, te lo aconsejo —dijo Tilla suavemente—. Callaré por esta vez... pero no sé si lo haría la próxima.

—De acuerdo. Y gracias, Tilla.

Ella apoyó su mano en el antebrazo del joven.

—¿Quién sabe? A lo mejor, Mahlenia tiene razón. La masa es muy impresionable y acata rápidamente las sugerencias de los líderes descontentos, envidiosos y devorados por la ambición. Cuando lleguemos a la capital de O'Gor y la hayamos repuesto en su cargo, conoceremos la verdad de lo sucedido.

—Sí, es posible —concedió él de mala gana.

Tilla le dirigió una animadora sonrisa y luego regresó a su puesto.

Al atardecer, les llegó una nueva orden:

—La ciudad número seis de O'Gor está a setecientos kilómetros en dirección al este terrestre. Avancen inmediatamente y estaciónense en las afueras antes del alba. Informen y esperen órdenes.

Los mercenarios ocuparon sus puestos en los blindados, que arrancaron de inmediato.

Toda la noche estuvieron rodando a través de las llanuras o'gorianas. Un par de ríos, anchos y caudalosos les salieron al paso, pero los cruzaron sin dificultad.

Los acorazados no poseían flotabilidad, pero sí una estanqueidad perfecta. Pasaron a través del lecho de los ríos, sumergidos en

ocasiones, sin el menor impedimento.

Cerca del amanecer, avistaron las confusas masas de los edificios de la ciudad número seis. Jannsen informó y esperó órdenes.

El sol salió a poco. Minutos después, habló el capitán Zondar.

—Exploren la ciudad. Procuren no causar víctimas innecesarias entre sus habitantes, a menos que se les muestren hostiles. En el edificio del gobierno, hay detenidas quince o veinte personas leales a Mahlenia. Libérenlas y que se hagan cargo de la ciudad, avisando a sus habitantes del cambio de situación. Eso es todo.

La ciudad número seis era grande, de altos y elevados edificios en su mayoría. Pronto los acorazados estuvieron rodando por sus calles, en medio de la curiosidad de los o'gorianos.

En algunos casos, era hostilidad declarada. Algunos blandían los puños en dirección a los acorazados, pero los o'gorianos sabían que poco podían hacer para contrarrestar el formidable poderío de tales artefactos.

—El error de estos tipos ha sido sublevarse sin tener en cuenta que O'Gor es un planeta de novena categoría —comentó Min, mientras guiaba el acorazado—. No se puede luchar con simples fusiles y, a lo sumo, lanzacohetes corrientes, contra nuestras armas, y con lagartos pseudointeligentes como único medio de transporte.

Los o'gorianos, en efecto, empleaban aquellos enormes reptiles, más grandes que un caballo, como medio de viajar de un lado a otro del planeta.

Los vehículos eran aún muy escasos, aunque los lagartos poseían unas cualidades de velocidad y resistencia muy estimables, que les permitían galopar durante todo un día, sin necesidad de descansar.

Un o'goriano, debidamente entrenado, podía cubrir quinientos kilómetros en una jornada, con toda facilidad. Por otra parte, los lagartos a causa de su pseudointeligencia, eran fáciles de domesticar.

—Y ésta es la razón de que haya tan pocos vehículos en O'Gor —terminó Min su explicación.

Los acorazados llegaron a una gran plaza, en uno de cuyos lados se alzaba un enorme edificio, de quince o veinte pisos de altura, construido exclusivamente con sólidos sillares de piedra.

—Éste es el gobierno de la ciudad número seis —dijo Jannsen a través de la radio—. Cabo Kenner.

—A la orden, sargento.

—Toma cinco hombres, armados todos de trifusiles. La cabo Trilla saldrá también con cinco hombres más. Los restantes, nos quedaremos en los blindados. Vosotros liberaréis a los prisioneros.

—Conforme.

—El capitán dio orden de no causar bajas, pero un mercenario, si es atacado, se defiende siempre. ¿Entendido?

—Entendido.

Jannsen pronunció cinco nombres. Cinco guerreros se aprestaron inmediatamente.

El joven tomó su trifusil, después de haberse colocado a la espalda una pequeña mochila, en la que iba el generador de fuerza que hacía funcionar el arma. El trifusil estaba unido por un cable a la batería.

Era un arma terrible. Tenía un tambor con ciento cincuenta cartuchos ramificables de dos milímetros de calibre; otro tambor, con treinta microgranadas de quince milímetros y, en fin, un tercer tambor o depósito, que contenía una sustancia inflamable, que podía ser lanzada como una raya recta de fuego a cien metros de distancia, a la temperatura de 3.500 grados.

El trifusil disponía, por tanto, de tres cañones y tres gatillos, éstos situados seguidamente, aunque un poco escalonados, a fin de no usar los tres a la vez. Naturalmente, resultaba un arma pesadísima, pero disponía de un compensador de gravedad, alimentado también por la batería de mochila, que reducía el peso de sesenta a diez kilos. No convenía anular el peso por completo, ya que entonces su manejo hubiera resultado muy difícil.

A los tiradores les gustaba sentir en las manos el peso del arma.

Kenner abrió una escotilla y saltó al suelo.

Sus cinco hombres lo hicieron a continuación. Tilla se apeaba en aquel instante, seguida de los otros cinco guerreros.

La plaza aparecía llena de o’gorianos, que les contemplaban con actitud hostil. La mayor parte de los nativos se hallaban ante la puerta del edificio, cerrándoles el paso.

Tilla se acercó a Kenner.

—Esto no me gusta —murmuró, en voz baja.

—Ahora verás —dijo él.

Avanzó cuatro pasos, hasta quedar a diez de los más próximos.

—Fuera —ordenó—. Apártense, vamos a entrar en el edificio.

Los o'gorianos permanecieron inmóviles.

—No llevan armas —comentó Paxton, a espaldas del joven.

—A la vista, al menos —dijo Tsin—Hu.

—¡Por última vez! —gritó Kenner—. Les ordeno que nos dejen el paso libre.

En silencio, sin un solo grito, sin una voz, los o'gorianos apretaron aún más sus filas.

Era una masa compacta de varios cientos, quizá miles de personas, la que les cerraba el paso.

CAPÍTULO VII

—Si intentamos abrirnos paso a viva fuerza, habrá una matanza —murmuró Tilla, al lado de Kenner.

La mente del joven trabajaba con gran actividad. Los acorazados estaban a sus espaldas y por este lado estaba tranquilo.

Pero delante de él, los o'gorianos, con sus rostros duros, ceñudos, hostiles, les indicaban que no querían permitirles la entrada al edificio del gobierno.

—¿Qué diablos les pasa? ¿Tan impopular era Mahlenia? —exclamó un mercenario, detrás del joven.

Tilla volvió la cabeza vivamente.

—Era la gobernadora del planeta —declaró con gran vehemencia.

De súbito, la voz de Jannsen bramó a través de un megáfono.

—¡Kenner, Tilla! ¡Les di una orden! ¡Cúmplanla!

Kenner miró a la muchacha. El rostro de Tilla estaba palidísimo.

—Bien —dijo él—, nos abriremos paso.

Elevó el trifusil, pero lo bajó en el acto. Acababa de ocurrírsele una brillante idea.

Presionó el tercer gatillo. Un dardo de fuego brotó al instante de una de las bocas del trifusil y fue a estrellarse a los pies de los primeros o'gorianos.

El lanzallamas despedía un calor insoportable. Los o'gorianos saltaron primero y se apartaron después, lanzando aullidos de cólera.

Tilla hizo funcionar su trifusil de idéntica manera. Kenner avanzó dos pasos, al mismo tiempo que emitía una orden.

—¡En formación de erizo, adelante!

El grupo adoptó de inmediato una formación circular, con los trifusiles encarados hacia la hostil masa o'goriana. De cuando en cuando, lanzaban una descarga de fuego a los pies de los nativos, haciéndoles separarse de ellos.

Así ascendieron la escalinata que conducía a la puerta del edificio. Entonces, Kenner dio otra orden.

—Dos hombres, adentro, pronto. Los demás sigan protegiendo el avance.

Hahhar y otro mercenario llamado Boxl atravesaron la puerta. Kenner y la muchacha les siguieron a poco.

De repente, sonaron varios disparos. Se oyeron dos gritos de dolor.

Kenner giró en redondo. Hahhar y Boxl se desplomaban al suelo en aquel instante, atravesados por los proyectiles que habían disparado unos fanáticos, desde lo alto del corredor del primer piso.

—Agáchate, Tilla —gritó el joven.

La chica se arrodilló. Kenner hizo lo mismo, pero, al mismo tiempo, envió un par de microgranadas hacia el lugar donde se hallaban apostados los francotiradores.

La balaustrada voló en mil pedazos, en medio de una nube de humo y un fragor impresionante. Un cuerpo humano saltó por los aires, a consecuencia de la violencia de las dos explosiones.

Sonaron unos chillidos de terror. Alguien sacó un paño blanco por fuera de la esquina del piso primero.

—¡Abajo, pronto! —gritó Kenner.

El vestíbulo era enorme y tenía numerosas puertas que daban a distintos departamentos de aquella planta. Kenner se preguntó dónde estarían los cautivos.

Cinco o'gorianos descendieron por la escalera llena de escombros, con las manos en alto. Sonó un chasquido y uno de los nativos se llevó la mano al pecho y luego rodó por la escalera, hasta detenerse, muerto, al pie de la misma.

Kenner se volvió hacia uno de sus hombres. El mercenario tenía el semblante deformado por la cólera.

—Mataron a dos hermanos nuestros —dijo con rabia.

—No tires más, Dowoney —ordenó el joven con serenidad—. Se han rendido.

Dowoney temblaba de ira. Por un momento, Kenner pensó que el mercenario desobedecería, pero, al cabo, Dowoney terminó por bajar el fusil.

—Cubre la puerta con dos más —ordenó—. Los restantes, que vengan conmigo.

Avanzó hacia los prisioneros y se encaró con uno de ellos.

—En este edificio hay quince o veinte cautivos —dijo—. ¿Dónde están?

Los francotiradores se miraron unos a otros, aprensivamente.

—¡Les hice una pregunta! —rugió el joven.

Uno de los prisioneros señaló una escalera que parecía conducir a un sótano.

—Por ahí —dijo.

Kenner le miró con recelo durante unos segundos. Luego, volviéndose hacia sus hombres, dio una orden:

—Paxton, Min, Poltakov, conmigo. Los demás se quedan aquí. Si veis que no regresamos, abrasad a estos sujetos.

—De acuerdo —contestó el primero.

Tilla le agarró por el brazo, obligándole a mirarla.

—Supongo que no me dejarás aquí —dijo. Y añadió—: El mando es conjunto.

—Conforme.

Emprendieron el descenso, despacio, con el dedo en el gatillo. Estaban inquietos, nerviosos.

Presentían algo que no podían definir, pero que no era bueno en absoluto.

La escalera terminaba de repente, quince metros más abajo, frente a un sólido portón de acero.

—La cerradura está echada —dijo Trilla.

Kenner reflexionó mi momento.

—Échate atrás —dijo de pronto.

Él mismo retrocedió unos cuantos pasos. Luego disparó su lanzallamas contra la cerradura.

El rayo de fuego fundió el metal como si fuese de mantequilla. Al cabo de unos minutos, Kenner pudo empujar el portón con el pie.

Tilla gritó tras él. Kenner sintió que se quedaba mudo de horror.

La estancia subterránea era vasta, sostenida en su centro por una columna de piedra de inusitado grosor. El suelo estaba cubierto de cadáveres ensangrentados.

—¡Los han asesinado! —dijo Poltakov, furioso.

—¿Asesinar? —murmuró Kenner.

Había numerosos puñales en el suelo. Muchos de los muertos sostenían aún el suyo en sus manos crispadas por la agonía.

—¡Dios mío! ¿Qué cosa tan horrible ha pasado aquí? —exclamó Tilla, temblando de pies a cabeza.

Paxton lanzó un súbito grito.

—¡Kenner, mira; allí se mueve uno!

El joven tendió la vista en la dirección indicada. Casi al otro lado del subterráneo, divisó un cuerpo que se estremecía un poco.

El o'goriano se incorporó sobre un codo, haciendo un tremendo esfuerzo sobre sí mismo. Su mano derecha señaló un punto, a la vez que unas palabras ininteligibles burbujeaban en sus labios ensangrentados.

El moribundo parecía señalar la columna.

—Quietos —susurró Kenner.

Avanzó dos pasos. De pronto, un lagarto se hizo visible.

Kenner respingó. Era la primera vez que veía un ser semejante a tan corta distancia.

El lagarto era un monstruo espantable.

Su cuerpo medía dos metros y medio, aunque su altura no rebasaba el metro. La cola, provista del temible aguijón bifurcado en su extremo, larga de más de dos metros, ondeaba como un amenazante látigo al final de su cuerpo blancoverdoso.

Lo repugnante del ser era su cabeza casi humana, en cuyos redondos ojos, sin párpados, brillaba una mirada de odio infinito, satánico. Las patas tenían poderosas uñas, capaces de rasgar el vientre de una persona con toda facilidad, pero aquellos seres, en su malignidad, preferían utilizar el látigo de su cola, cuyo veneno causaba heridas incurables.

El lagarto se disponía a atacar. Kenner le disparó un chorro de fuego al rostro, cegándole.

El monstruo rugió de modo horrible.

Kenner lo ultimó con una granada que impactó en su blando vientre. La explosión lo partió por la mitad.

—Quémale el aguijón —aconsejó Tilla—. Todavía se mueve y, en sus espasmos, podría dañar a alguno de nosotros.

Kenner siguió la recomendación. El movedizo aguijón se convirtió en un montoncito de cenizas.

A continuación, corrió hacia el moribundo y se arrodilló a su lado.

El o'goriano le miró con los ojos vidriados.

—Es... inútil... ya... —dijo.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó el joven.

Estaba horrorizado. El hombre tenía dos feroces cuchilladas en el pecho.

Parecía mentira que hubiese podido sobrevivir.

—Nosotros... no quisimos... sublevarnos contra... contra Mahlenia... y nos encerraron... Hemos estado en distintos si... sitios y... recalamos al fin aquí... Esta mañana... nos entregaron un cuchillo a cada uno... No sabíamos qué pretendían... Después... nos soltaron ese lagarto... Su aguijón nos tocó a todos...

La voz del moribundo desfallecía por momentos.

—¡Qué salvajes! —dijo Min, espantado por lo que acababa de escuchar.

—Les dieron los cuchillos para que se mataran entre ellos —adivinó Paxton lo que el o'goriano no había dicho.

El moribundo movió la cabeza. Su mano derecha, visiblemente temblorosa, se tendió hacia los restos del reptil.

—Esos... la... gar... tos...

Su voz se alejó, haciéndose inaudible. Echó la cabeza atrás y murió.

Kenner permaneció un momento junto al cadáver del hombre. Luego, poniéndose en pie, dio una orden:

—Salgamos fuera.

Los otros mercenarios esperaban en el vestíbulo, custodiando a los prisioneros. Al salir a la plaza, Kenner vio que el gentío no había disminuido, aunque la escalinata estaba despejada.

—Vamos.

Descendieron en dos filas, con los trifusiles aprestados. Los cautivos iban en el centro.

Jannsen les aguardaba al pie de la escotilla de su carro.

—¿Qué ocurrió?

—Los prisioneros han muerto. Todos —informó el joven.

Jannsen lanzó una sonora maldición.

—Hijos de perra.

Un mercenario era un hombre que no temía a la muerte, pero cuya conducta se ajustaba de ordinario a determinadas reglas, que raramente violaba.

—Habla —dijo después de desahogarse.

Kenner, en cuatro palabras, explicó lo ocurrido.

Jannsen escuchó con atención, sin interrumpirle un solo momento.

—Está bien —dijo—. Esperad aquí. Informaré al capitán Zondar.

Jannsen se metió dentro del acorazado. Uno de los mercenarios trajo dos cantimploras con vino.

Bebieron, estaban sedientos y lo necesitaban.

Los o'gorianos continuaban en el mismo sitio, silenciosos y torvos. Las aprensiones de Kenner crecían a cada minuto que transcurría.

Jansen salió poco después.

—El capitán ha ordenado que busquemos unos cuantos o'gorianos que deseen hacerse cargo del gobierno de la ciudad. Le he dicho que va a ser muy difícil; le he explicado cómo está la situación, pero ha insistido, a pesar de mis objeciones.

El único ojo del gigante miró a su alrededor.

—¿Quién de estos cerdos querría gobernar esta maldita ciudad? ¿Por qué se muestran todos tan hostiles? ¿Es que esa estúpida gobernadora no tenía ni un solo simpatizante?

De repente, Tilla dio un paso al frente.

—Sargento.

Jannsen se volvió hacia la chica.

—¿Qué quieres, Tilla?

—Verás —dijo la muchacha—. Es evidente que en O'Gor pasa algo raro. No se concibe una hostilidad tan general hacia Mahlenia sin una causa muy grave. Por lo que sabemos nosotros, su gobierno no era mejor ni peor que el de muchos gobiernos de otros planetas de la galaxia.

—Sí. Continúa.

—Una unanimidad así resulta harto sospechosa... máxime cuando, como digo, Mahlenia podría ser incompetente, pero no

sanguinaria; no tenemos noticias de baños de sangre en sus represiones ni de asesinatos o torturas en masa.

—¿Y...?

Tilla señaló a uno de los prisioneros.

—Deja que le interrogue. Tal vez saque yo algo en limpio. ¿Me lo permites?

Jannsen se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—De acuerdo. Es tuyo, Tilla.

CAPÍTULO VIII

Tilla se llevó al prisionero. Curioso, Kenner la siguió, sin que ella formulase ninguna objeción.

La chica condujo al prisionero a uno de los alojamientos de la tripulación del acorazado y allí le hizo tomar asiento. Kenner quedó en la puerta, apoyado de espaldas en ella, mientras Tilla se sentaba frente al o'goriano.

Tilla no perdió tiempo en iniciar el interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?

—Arthur.

Tilla respingó.

—Ése es un nombre terrestre. Tierra, de Sol —aclaró.

—Mi madre era de aquel planeta —contestó el o'goriano, haciendo una mueca.

—Está bien. Dime, ¿por qué os habéis sublevado contra Mahlenia?

—Es mala, déspota, autoritaria, incompetente y...

Arthur añadió un calificativo que hizo enrojecer a Tilla.

—Continuamente estaba entregada a repugnantes bacanales. Era una mujer viciosa, depravada...

—¡Eso es mentira! —gritó Tilla, sin poder contenerse.

Arthur se encogió de hombros.

—Como gustes. No tengo ganas de discutir. Y no me interrogues más, en lo sucesivo, no contestaré a una sola de tus preguntas.

Tilla pareció encogerse un poco. De pronto, su mano izquierda subió hasta el seno de aquel lado y tomó la insignia de la Compañía con dos dedos.

—¿No te gustaría unirte a nosotros, ser un mercenario más, Arthur? —dijo en tono insinuante—. Buena paga… y, vaya, a fin de cuentas, tu madre era terrestre.

El prisionero se encogió de hombros.

—Soy un o'goriano, no un terrestre. En O'Gor, los hombres no nos vendemos por un permiso para matar.

—Los mercenarios cumplen una misión. Restauran el orden en los planetas levantiscos y mantienen la paz en la Galaxia.

Kenner se dio cuenta de que en el rostro de Arthur aparecían y desaparecían rápidamente varios chispazos de luz. Se preguntó qué pasaba, hasta que adivinó las intenciones de la chica.

Tilia movía la chapa como al descuido, en apariencia. En realidad, lo que hacía era lanzar reflejos al rostro de Arthur, cuyas facciones se relajaban poco a poco.

—Matan a la gente, pero sólo cuando es necesario. Luego, tienen muchas horas libres, para dormir, por ejemplo. Dormir… dormir… ¿No tienes sueño tú, Arthur? Mucho sueño… mucho sueño…

La cabeza del o'goriano se dobló de repente sobre su pecho. Su respiración se hizo rítmica.

Tilla se puso en pie y volvió la cabeza, lanzando al joven una mirada triunfal.

Kenner sonrió. El truco estaba bien ideado. Hipnotizado, Arthur contestaría a cuanto quisiera la muchacha.

Tilla se sentó de nuevo frente al prisionero.

—Vamos a ver, Arthur. ¿Me oyes?

—Sí —contestó el o'goriano con voz opaca.

—Habéis intentado darnos muerte. ¿Por qué?

—Tenemos que combatir contra…

Arthur se calló de súbito. Sus ojos seguían cerrados, pero su rostro sufrió una brusca deformación.

—¡Contesta! —pidió Tilla a gritos.

El o'goriano lanzó un rugido. Se agarró el pecho con las manos, desgarró sus ropajes.

Se puso en pie, tambaleándose como un beodo. Tetánicas sacudidas recorrían su cuerpo.

Kenner alargó una mano y atrajo a la muchacha hacia sí, temiendo una violenta reacción de Arthur. Bruscamente, el prisionero dio un tremendo salto y cayó al suelo de espaldas.

Su cuerpo se arqueó de forma espantosa, sostenido tan solo por los talones y la nuca. Sonó un espeluznante chasquido.

Arthur se relajó. Sus facciones se suavizaron un tanto, perdiendo la tirantez anterior. Pero su respiración había cesado.

Kenner se arrodilló junto a él y le puso la mano sobre el pecho.

—Ha muerto.

Callaron un momento. Luego, Tilla dijo:

—Salgamos.

Jannsen y los demás les aguardaban en el exterior, con gesto expectante.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Está muerto —contestó Tilla con gesto sombrío.

—¿Cómo? —rugió el sargento.

Kenner le explicó lo sucedido.

—A mí me da la sensación de que él mismo se dio la orden de matarse, a fin de romper el estado hipnótico en que Tilla le había sumido —concluyó—. De este modo, se evitaba el contestar a más preguntas.

Todos se quedaron desconcertados al escuchar las palabras del joven.

—¿Es posible que la mente de un hombre consiga influir sobre sí mismo, de tal forma que pueda dar a sus músculos una orden tal que le permitan romperse por sí solo su propia columna vertebral?

La pregunta procedía de Poltakov.

—Así ha sido —respondió Kenner de mal humor, al no poder explicar de manera satisfactoria las causas del extraño suceso.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Jannsen se dirigió hacia el acorazado, al mismo tiempo que gruñía airadamente:

—¡Esto lo arreglo yo en un minuto, ya lo veréis!

Segundos más tarde, el bramido del tuerto se expandía por la plaza.

—¡Hombres y mujeres de O'Gor, escuchadme todos!

Jannsen hizo una pausa de varios segundos.

—Esta ciudad necesita un gobierno —siguió—. Alguien tiene que encargarse de la autoridad que ha sido abandonada. Prometemos protección absoluta a quienes deseen formar parte de ese gobierno, a ellos y a sus familias. Somos poderosos, disponemos de armas fabulosas; el que acepte, estará en la más completa

seguridad, os lo garantizamos.

Las últimas palabras del tuerto rebotaron por los muros de las casas. Luego vino el silencio.

Pasaron algunos momentos. De pronto, en el más completo silencio, sin una voz, sin un solo murmullo, la multitud empezó a dispersarse.

Cinco minutos más tarde, la plaza había quedado desierta.

Jannsen salió fuera del acorazado, con el más profundo desconcierto pintado en su rostro.

—Pero ¿qué diablos…?

Kenner miró en torno suyo, con el índice sobre los disparadores del trifusil.

—Esto no me gusta ni tanto así —dijo.

—Da la sensación de que quieren tendernos una encerrona —comentó Min.

—Sería mejor que nos refugiásemos en los blindados —opinó Tilla—. En cualquier momento…

Un sordo rumor la interrumpió de súbito.

—¿Qué es eso? —preguntó Poltakov a gritos.

Era el ruido de millares de patas moviéndose a gran velocidad por el enlosado pavimento de la ciudad.

—¡A los blindados, pronto!

Pese al duro entrenamiento recibido y a la disciplina a que estaban sometidos, se produjo un momento de desconcierto entre los mercenarios. Kenner se encontró agarrando a Tilla por una mano y llevándola hacia su propio acorazado, sin que ella osara protestar.

El joven fue el último en entrar. Antes de hacerlo, miró a lo lejos.

Se estremeció. Una ululante masa de o’gorianos, jinetes por parejas en los feroces lagartos pseudointeligentes, galopaba hacia los blindados, a más de cincuenta kilómetros a la hora.

Tilla lanzó un grito y tiró del joven hacia adentro.

—¡Pronto, Kenner, cierra!

La escotilla quedó asegurada.

—¡Todo el mundo a sus puestos de combate! —ordenó Kenner.

Min ponía ya en marcha el leviatán de hierro, haciéndolo virar para presentar la proa al ejército que les acometía. Por los

megáfonos interiores llegó una orden de Jannsen:
—¡Hay que salir fuera de la ciudad! ¡Quedamos aquí es tanto como quedamos en la trampa! ¡Adelante, aplastémoslos! ¡Fuego, fuego!
Cañones y ametralladoras dispararon a un tiempo, mientras los dos monstruos de acero se lanzaban a cincuenta kilómetros a la hora contra la horda aullante.
Por el periscopio, Kenner pudo observar la terrible escena. Había miles y miles, un verdadero hormiguero de hombres y lagartos, aquéllos armados con fusiles y lanzacohetes portátiles.
Una lluvia de fuego cayó sobre los blindados. Las explosiones retumbaban en el interior y las planchas vibraban con sonoridades casi musicales al recibir los impactos de los cohetes.
—¿Es que no se dan cuenta de que sus disparos son inútiles? —chilló Min—. ¡Apartaos, idiotas!
Los acorazados pesaban centenares de toneladas. El choque se produjo a una velocidad mutua de cien kilómetros a la hora. Sonaron terribles chillidos cuando las tremendas orugas, anchas de metro y medio, aplastaron las primeras filas como si hubiesen sido de simples insectos.
Las ametralladoras segaban hileras enteras de hombres y reptiles, destrozándolos de un modo horrible. Los acorazados no perdían su ritmo de marcha, a pesar de que se deslizaban por una superficie ya viscosa y resbaladiza.
El acorazado de Jannsen iba en cabeza, a cincuenta metros escasos del de Kenner. Súbitamente, un géiser de humo y polvo se elevó del suelo, a pocos metros del artefacto.
Al mismo tiempo, dos potentes cargas explosivas, Kenner pensó que debía de haber varios cientos de kilos de dinamita o alguna sustancia similar, estallaron en las bases de los edificios que se hallaban en los flancos del primer tanque.
El conductor de Jannsen no pudo refrenar la marcha y se hundió en el enorme hoyo formado por la explosión. Los edificios, altos de doce o quince pisos, se abatieron con todo su peso de miles de toneladas de piedra sobre el acorazado.
—¡Frena, Min!
Min clavó los frenos a fondo. Un montón de escombros cayó sobre la parte alta del tanque, haciéndolo estremecerse.

—¡Marcha atrás!

Min obedeció. Al retroceder, aplastó a varias docenas de hombres y de lagartos. Pese a ello, los disparos continuaban lloviendo sobre las planchas blindadas, como espeso y atronador granizo.

El acorazado de Jannsen había desaparecido bajo una ingente montaña de escombros. Ni aun uno de aquellos artefactos podía soportar una cosa así.

—A estas horas, han muerto ya —comentó Min en tono lúgubre.

—¡Disparad, disparad! —gritó el joven.

El acorazado retrocedía, escupiendo llamas por todas sus bocas de fuego. Kenner temía que los o'gorianos les preparasen otra trampa semejante.

Hizo girar el periscopio.

—¡A la izquierda, Min! ¡A todo gas!

El artefacto viró. Frente a ellos se alzaba un edificio de tres o cuatro pisos.

—Arremete contra esa casa.

Min lanzó el acorazado con toda su potencia contra el edificio. Crujieron los muros y rechinaron las planchas.

Sonaron unos gritos horribles.

El acorazado atravesó la ciudad, dejando tras sí un ancho rastro de muerte y destrucción. Min ya no se molestaba en utilizar las calles más o menos despejadas sino que, sencillamente, demolía las casas y pasaba a través de ellas.

Pocos minutos más tarde, se hallaban en terreno despejado. Un par de cientos de enloquecidos o'gorianos les persiguieron, jinetes en sus lagartos, pero la artillería del acorazado y las ametralladoras ultrarrápidas los destrozaron en poco tiempo.

Kenner dio la orden de alto a varios kilómetros de la ciudad, situando al acorazado en una loma, desde la cual poder divisar un gran espacio de terreno.

Miró a Tilla. Estaba pálida y respiraba con ansiedad.

—¿Qué maldita droga han tomado esos locos o'gorianos? —preguntó Min, con la cara tapada con las manos—. Es mi tercera campaña... y las otras no fueron un recreo precisamente, pero, comparadas con ésta, parecían juegos de colegial.

—No lo sé —respondió el joven—. Pero todo lo que está

pasando me gusta cada vez menos.

Se levantó de su asiento.

—Voy a hablar con el capitán Zondar —dijo—. Es preciso que reciba el informe de la acción.

Trilla asintió en silencio.

CAPÍTULO IX

El capitán Zondar escuchó en el más completo silencio el informe que le hizo Kenner de la acción.

—No sois vosotros los únicos a quienes les ha sucedido algo similar —dijo al fin—. Hemos perdido dos acorazados más en las ciudades tercera y decimocuarta, y en una emboscada, nos han matado a once hermanos.

—Parece como si todos los o'gorianos estuviesen atacados por una epidemia de locura colectiva —comentó el joven—. ¿Es que Mahlenia no tenía un solo partidario?

—Al contrario, y eso es lo que me preocupa más; tenía muchos. Ciertamente, la sublevación triunfó en un principio, pero resulta extraño que, aun ofreciéndoles nuestra protección, ningún o'goriano haya querido aceptar administrar una sola de las ciudades sin gobierno.

—Bueno, pero, ¿dónde está Mahlenia? Porque, a mi entender —dijo Kenner—, resultaría muy conveniente hablar con ella y conocer su verdadera opinión sobre el asunto. Fuimos contratados para devolverle el gobierno, pero lo menos que podía haber hecho ella es presentarse ante nosotros, ¿no te parece, capitán Zondar?

Zondar demoró la respuesta irnos momentos.

—Necesitamos todos un poco de descanso —dijo al cabo—. Ahora bien, hay ciertos problemas que sólo pueden solucionarse acudiendo a la cabeza.

—¿Y dónde está la cabeza en este condenado planeta?— masculló el joven.

—En la capital.

—Tienes razón, capitán.

—Mañana haré salir todas nuestras fuerzas en los acorazados que nos quedan. Enviaré una astronave al espacio, para que quede

de reserva. La otra, escoltada por los aviones de exploración, volará subatmosféricamente sobre nosotros, mientras nos dirigimos hacia la capital.

—¿Y por qué no llegar a ella directamente, en vuelo, en lugar de recorrer los cientos de kilómetros que hay de camino?

—Por la sencilla razón de que quiero explorar el terreno mientras tanto —contestó Zondar. Y ordenó—: Reunión, mañana a las siete de la tarde, hora nuestra, a quinientos kilómetros al Sudoeste terrestre. Descansad hoy y revisad minuciosamente el armamento. Esto es todo.

Kenner colgó el teléfono. Tilla, Paxton, Poltakov y alguno más, habían escuchado el diálogo.

—Sí —dijo Poltakov—, vamos a inspeccionar el armamento.

—Pero primero llenaremos el buche —alegó Min—. Estoy desfallecido.

—Poltakov —ordenó Kenner—, dos hombres deberán permanecer constantemente en los periscopios.

—Está bien.

Kenner y Tilla quedaron solos.

—Traeré algo de comer —ofreció la chica.

Tilla vino poco después con sendas bandejas, conteniendo cada una el equivalente de una ración alimenticia de campaña. Ambos jóvenes tenían buen apetito y comieron en silencio.

Al terminar, Tilla encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—¿Dónde estará Mahlenia? —preguntó.

—¿Y quién rayos lo sabe? —dijo Kenner de mal humor—. Ella fue la que originó todo este jaleo…

—Si pidió socorro a la Autoridad Suprema, no lo hizo sin motivos —alegó Tilla—. A fin de cuentas, su nombramiento como gobernadora era legítimo y refrendado por la Comisión Ejecutiva de la Autoridad.

—Sí, pero lo que más me extraña es que todo el planeta se haya puesto en contra suya. Zondar no ha dicho lo que pasó en las demás ciudades investigadas, aunque es de suponer que haya sucedido lo mismo que en la número seis. Ahí deben de residir al menos un millón de personas. ¿Es concebible que sólo quince o veinte estuviesen a favor de Mahlenia?

—Cualquiera diría que han estado sometidas a una especie de

sugestión mental colectiva —murmuró Tilla—. De otro modo, no se comprende esa absurda manera de actuar.

—Algo les pasa, evidentemente —convino el joven—. Pero no lo sabremos mientras no lleguemos a la ciudad número uno… a la capital.

—Tal vez mañana Zondar tenga más informes que damos —opinó la chica.

Kenner emitió un gruñido de asentimiento. Luego, la conversación languideció.

—Sería mejor que te echases a descansar, Tilla —sugirió Kenner—. El día de mañana promete ser muy agitado.

—Seguiré tu consejo —sonrió ella. Se puso en pie y le miró—. ¿Sabes una cosa, Kenner?

—Dime, Tilia.

—Éste no es mi acorazado. Yo debía haber estado con el de Jannsen. Pero tú tiraste de mí y…

Le dirigió una larga mirada. Su pecho subía y bajaba con cierta rapidez.

Kenner meneó la cabeza

—No sé por qué lo hice, ésta es la verdad. Pero no me arrepiento; créeme, Tilla.

La chica murmuró:

—Gracias, Kenner.

Y se fue, con el rostro tan encarnado como el de una guinda.

Kenner meneó la cabeza.

Extraña mujer, pensó. Ruda y valiente como el más duro de los mercenarios, pero sonrojándose como una muchachita de quince años en determinadas ocasiones.

Kenner hizo un turno de guardia en uno de los periscopios. Luego se tendió en una litera a descansar.

Estaba fatigado y se durmió a los pocos momentos. Pero pasado el primer sueño, su subconsciente empezó a actuar.

Repentinamente, algo le hizo despertarse de golpe. Miró sobresaltado en torno suyo.

El silencio era absoluto. Se dio cuenta de que se había desvelado por completo y que ya no podía continuar durmiendo.

Abandonó la litera. Una idea le bullía en la cabeza, sin acabar de tomar una forma definida.

El motivo de su súbito despertar había sido una frase pronunciada por Tilla la noche anterior.

Cualquiera diría que los o'gorianos han estado sometidos a una especie de hipnosis colectiva...

Se retorció las manos presa del nerviosismo. Recordaba la muerte —¿podía llamársele «automuerte»?— de Arthur. El o'goriano estaba bajo el influjo de la mente de Tilla.

Pero había preferido darse muerte a sí mismo antes de continuar declarando. A su entender, no había sido un suicidio, dicho en el sentido lato de la palabra, sino más bien una «automuerte».

¿Por qué?

Tenía una hipótesis formada, pero no podría probarla salvo en determinadas condiciones, que no se daban en aquellos momentos.

—Esperaré a que se haga de día. Tal vez entonces...

Y dejó la frase sin concluir, presintiendo que en esta idea estaba quizá la solución de aquella tan enigmática como sangrienta rebelión.

Desayunaron al amanecer. Inmediatamente después, emprendieron la marcha.

El pesado acorazado se deslizó a treinta y cinco kilómetros a la hora en la dirección señalada por Zondar. Kenner buscó una escotilla en la parte superior de proa, a fin de observar directamente el terreno, sin la ayuda de los periscopios. Con un poco de suerte, se decía...

Durante varias horas, el acorazado se deslizó sin el menor incidente. Cerca del mediodía, Kenner divisó a lo lejos varios bultos que se movían hacia su derecha, a un kilómetro de distancia.

—Poltakov —dijo—, mira hacia el norte. ¿Qué estás viendo?

La respuesta le llegó a los pocos momentos.

—Media docena de esos malditos lagartos —fue la respuesta del guerrero.

—Muy bien. Me alegro de que coincidas conmigo. ¡Min!

—¿Sí, Kenner?

—Orienta el blindado en aquella dirección, hacia los reptiles.

—De acuerdo.

Tilla apareció a poco en la torreta. Su rostro expresaba preocupación.

—¡Kenner! ¡Nos estamos desviando de la dirección indicada por

el capitán Zondar!

—Ya lo sé —respondió él con tranquilidad.

—¿Qué es lo que pretendes hacer?

Kenner tendió la mano hacia lo lejos.

—Capturar un lagarto vivo —respondió decidido.

CAPÍTULO X

Los monstruosos seres estaban al borde de un gran estanque rodeado de árboles. El suelo se veía cubierto de una espesa capa de hierba, de la cual se alimentaban tan tranquilos.

Ninguno de los lagartos demostró el menor signo de temor al ver aproximarse el acorazado. Antes al contrario, se agruparon, costado con costado, mirándoles con gesto amenazador, como dando a entender sus intenciones de defenderse a toda costa.

Kenner advirtió que los lagartos se habían percatado de la inutilidad de escapar. Su velocidad podía superar, en determinadas circunstancias, la del acorazado, pero nunca serían tan rápidos como una granada de cañón o una salva de ametralladora.

—Para, Min.

El conductor frenó a cien metros escasos de los reptiles. Kenner abandonó la escotilla y corrió hacia el armero.

Se colgó a la espalda la mochila con la batería y conectó el cable al trifusil. Tilla le siguió, muy preocupada.

—Ellos son seis —dijo.

—Ya lo sé. Mataré a cinco... no me queda otro remedio. Pero uno quedará vivo.

—Su aguijón...

Kenner sonrió.

—Ése es un asunto que habré de resolver sobre el terreno. ¡Paxton!

—¡A la orden!

—El acorazado dispone de redes de enmascaramiento. Coge una y sal afuera con tres hombres. Vamos a hacer de arañas.

Paxton sonrió.

—Entendido.

Kenner descendió la escalera que conducía a la escotilla de

estribor. Abrió la puerta blindada y saltó al suelo.

En el acto se sintió envuelto en una especie de aura maligna que le causaba una singular opresión en la cabeza. Ella le hizo afirmarse más y más en su primitiva idea.

Trifusil en ristre avanzó con gran cautela hasta situarse a cincuenta pasos escasos de los reptiles. Éstos le miraban con una expresión de odio singular reflejada en sus horribles rostros.

El joven notó que la opresión se acentuaba.

—Debo actuar inmediatamente —se dijo.

Apoyó una rodilla en tierra y tomó puntería. Disparó el fusil lanzagranadas y deshizo a uno de los lagartos.

Los cinco restantes emitieron unos chillidos y se lanzaron al ataque. Kenner destrozó a dos más en los diez metros siguientes.

Pero todavía quedaban tres con vida y la distancia disminuía por segundos. Las temibles colas de aguijón bifurcado restallaban en el aire como látigos.

Presionó el disparador de proyectiles ramificables. El cuarto lagarto recibió en un segundo veinte proyectiles, que le destrozaron el cráneo. Se desplomó de golpe, como un buey apuntillado.

Los otros dos estaban ya a veinte metros escasos de distancia. El tiempo de que disponía era brevísimo.

Fulminó al quinto mediante un largo dardo de fuego que le penetró por la bocaza abierta de par en par.

La potencia del lanzallamas era tal, que el chorro de fuego le salió por la parte posterior del cráneo. El ser cayó de lado, muerto instantáneamente, con el cerebro abrasado por una llamarada de 3.500° de temperatura.

Kenner sintió que la presión cesaba casi por completo. Ahora ya sólo quedaba un enemigo... y lo tenía sólo a cinco pasos de distancia.

El lagarto dio un salto gigantesco, precipitándose sobre él. En el aire, se revolvió agilísimamente, volviéndole la grupa, a la vez que movía su terrible cola, tratando de aplicarle un golpe de fatales efectos.

Kenner dio un salto hacia atrás, a la vez que movía el trifusil como si fuese una guadaña. El largo dardo de fuego trazó un semicírculo centelleante en el aire.

La cola quedó amputada por la llamarada y cayó ál suelo,

retorciéndose como la mitad de una serpiente partida en dos. Kenner dio otro salto, apartándose de los tetánicos movimientos de aquel aguijón, que conservaba aún íntegra su potencia tóxica.

El lagarto emitió un hondo lamento de dolor al perder la cola. Todavía disponía de veinte garras, afiladas como navajas de afeitar, pero la pérdida de su arma principal parecía haberle hecho olvidar este detalle.

Trató de huir.

Kenner lanzó un chorro de fuego por delante, obligándole a desviarse hacia la izquierda.

El ser se ladeó, para escapar al dardo de fuego. Kenner corrió tras él, obligándole, con sucesivos disparos del lanzallamas, a caminar en la dirección deseada.

—¡La red! —gritó.

Paxton y cuatro o cinco más corrían ya hacia el ser.

El lagarto se dio cuenta de que iba a ser atrapado y, girando en redondo, se arrojó contra Kenner.

El joven lo frenó, abrasando el suelo delante de él. Sonó un atronador rugido de rabia e impotencia.

Y en aquel momento, la red cayó sobre el lagarto.

El ser se revolcó con furia, desgarrando algunas de las mallas. Pero la red era muy grande y Paxton y sus compañeros la arrojaron doble sobre el lagarto, reduciéndolo a la impotencia.

A pesar de todo, el ser se movía demasiado.

—Nos va a costar mucho llevarlo hasta el acorazado —dijo Paxton, contemplando a la horrible criatura.

En aquel momento llegó Tilla. Traía en la mano una especie de pistola de forma un tanto extraña.

—Es una pistola anestésica —dijo.

Kenner asintió. Sabía que los acorazados terrestres disponían de toda clase de armas. A él, sin embargo, no se le había ocurrido emplear la pistola anestésica.

El lagarto poseía una vitalidad fabulosa.

Un hombre normal hubiese quedado dormido instantáneamente con el primer disparo. Tilla necesitó lanzar cuatro cargas, antes de que los movimientos del cautivo cesaran por completo.

El ser quedó tendido de costado. Tilla se arrodilló y curó el muñón de la cola.

Al terminar, miró al joven.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió.

—Lo primero, llevar a este bicho al acorazado. Después, reanudaremos la marcha.

Poltakov lo miró y se estremeció:

—¡Brrr…! ¡Qué feo es!

El lagarto pesaba casi cuatrocientos kilos. Fue preciso el esfuerzo de todos los presentes para arrastrarlo hasta las cercanías del acorazado.

Después, ya resultó más fácil. Una pequeña grúa se encargó de izarlo en el aire y situarlo frente a una de las escotillas de carga.

Poco más tarde, el lagarto inconsciente quedaba instalado en uno de los sectores más amplios del blindado.

Para evitar sorpresas desagradables cuando despertara, lo ataron sólidamente con un fino cable de acero. El ser poseía una fuerza prodigiosa, pero se trataba de un cable de remolque, capaz de soportar muchas toneladas de tensión. No había cuidado, pues, de que escapara.

El acorazado partió de nuevo. Kenner se situó ante el puesto de la radio y entabló contacto con el capitán Zondar, a quien informó de la acción.

—¿Y para qué diablos queremos nosotros un bicho de ésos? —preguntó Zondar de mal talante, al conocer la noticia.

—Capitán, recuerda que, en toda campaña bélica, el interrogatorio de prisioneros forma parte de los deberes más elementales de todo estratega.

—¡Al diablo con los estrategas! ¿Estás insinuándome que piensas interrogar a ese lagarto? Tienen cierta inteligencia, superior a la de un simio, pero inferior a la de un hombre…

—Eso es lo que hemos creído hasta ahora, capitán —interrumpió el joven fríamente—. Pero me parece que estábamos equivocados.

Zondar se quedó sin habla.

—¡Rayos! ¿Quieres decir que…?

—A la tarde, cuando nos encontremos, tendré ocasión de probar mi hipótesis… o mi error, capitán —contestó el joven en tono resuelto.

* * *

El encuentro se verificó a media tarde, en un extenso valle cubierto de vegetación.

La astronave flotaba inmóvil, suspendida por antigravedad, a varios miles de metros. Media docena de pequeños aeroplanos evolucionaban sin descanso por los extremos del valle, vigilando con sumo cuidado sus menores accesos.

Los acorazados eran seis. Tres se habían perdido. Los que quedaban, formaban un semicírculo bastante amplio, en el centro del cual fue colocado el prisionero.

Éste había despertado ya. Zondar, y Wo—tung, entre otros, eran interesados espectadores de la escena.

Conocían ya las intenciones del joven, pero Zondar tenía algo que alegar en contra.

—Aunque Tilla lo consiga... no puede hablar; su aparato de fonación no es humano —objetó con vehemencia.

—No es necesario hablar para conocer lo que pasa en la mente de otra persona... otro ser, mejor dicho, ya que no podemos afirmar que este lagarto sea una persona, cuando menos, por su conformación anatómica. Pero si posee un determinado grado de inteligencia...

—¡Maldita sea! —gruñó Zondar—. ¿Quieres dejarte de una vez de sutilezas y distingos? Explica con toda claridad cuáles son tus intenciones, Kenner.

—Bien —sonrió el joven—. Si el lagarto tiene un grado de inteligencia equiparable al nuestro, o superior, entonces, pese a su figura, ha de considerársele como una persona.

—Y eso, ¿qué rayos nos importa?

—Mucho, capitán.

Zondar le miró de hito en hito.

—¡Que las brujas del espacio me lleven si te entiendo! —rezongó.

—Si es un animal, es un animal. Pero si resulta ser una persona... entonces se le pueden exigir las responsabilidades que se hubieran exigido a cualquier hombre que hubiese quebrantado las leyes.

Zondar volvió los ojos hacia el lagarto, el cual, agazapado en el suelo, les contemplaba con malignidad, impotente para moverse, a

causa de las ligaduras que sujetaban sus miembros.

—Parece que empiezo a comprenderte, Kenner —dijo—. ¡Tilla!

—¿Capitán?

—¿Crees que conseguirás interrogar a esta... persona?

—Lo intentaré —prometió la muchacha.

CAPÍTULO XI

El silencio era absoluto. Nadie tosía siquiera, temerosos todos de desviar la atención de la chica.

Tilla se arrodilló frente al lagarto y desprendió la insignia de la Compañía, como la vez anterior, situándose de modo que los rayos del sol incidiesen de lleno sobre la brillante chapa.

Los ojos sin párpados del ser se fijaron de inmediato en el destellante metal. Kenner, que observaba atentamente a la muchacha, se dio cuenta de que movía los labios, pero no pronunciaba las palabras en voz alta. Sin duda, pensó, aquel movimiento no era más que un reflejo de las palabras que se formaban en su mente.

La joven se dio cuenta en seguida de la gran resistencia que le oponía la mente del lagarto.

Gotas de sudor empezaron a resbalar a los pocos momentos por sus sienes. Su pecho se agitó con fuertes vaivenes al acelerársele la respiración.

—(Duérmete... te ordeno que te duermas... Tienes sueño, ¿comprendes? Debes dormir... dormir... dormir...)

El lagarto se resistía.

Tilla percibía una oleada de maldad infinita que se alzaba como una barrera invisible ante sus órdenes mentales. A pesar de todo, continuó con sus esfuerzos.

—(Duerme... duerme... Yo te lo mando... Tienes que dormir... dormir... dormir...)

Kenner se dio cuenta de que los flancos del lagarto, que se movían con cierta rapidez al respirar, se agitaban con un ritmo inferior. Sus ojos seguían abiertos, por lo que no se podía saber si estaba dormido o seguía despierto.

Al cabo de unos minutos de durísimos esfuerzos mentales —

reflejados en el abundante sudor que cubría sus facciones— Tilla preguntó:

—(¿Estás dormido?)

Una «voz» agria, de tonos odiosos, llegó hasta su cerebro.

—(Sí...)

—(¿Eres inteligente como nosotros?)

Tilla creyó notar «desprecio» en la respuesta.

—(Mucho más.)

—(Entonces, ¿por qué no lo habéis demostrado hasta ahora?)

—(¿Era necesario que lo demostrásemos?)

—(Esa no es una respuesta. Contéstame).

—(Ya tienes suficiente. Conténtate con lo que te he dicho.)

—(Sí, tal vez... pero ahora ya sabemos que sois vosotros quienes organizasteis la rebelión.)

—(O'Gor es nuestro. Los verdaderos o'gorianos somos nosotros.)

—(Eso significa que usáis a los humanos como auxiliares para... apoderaros del planeta.)

—(Para que vuelva a sus legítimos dueños, está mejor dicho.)

—(No acabo de entenderte. Explícate mejor, ¿quieres?)

—(Tienes suficiente con lo que te he dicho, si eres tan inteligente corno presumes.)

—(Vosotros habéis provocado la rebelión. ¿Cómo lo habéis conseguido?)

El lagarto guardó «silencio».

Tilla insistió.

—(Te. he hecho una pregunta. Respóndela.)

—(Todavía no me dominas lo suficiente como para que te obedezca totalmente. ¿En dónde está tu pretendida inteligencia, que no sabes establecer las conclusiones adecuadas?)

Tilla dedujo que la mente del lagarto era muy poderosa, ya que, aun en estado de hipnotismo, se resistía a obedecer sus órdenes por completo.

Tras unos breves instantes de reflexión, decidió variar de táctica y atacar por otro lado.

—(Es evidente, pues, que vuestras mentes influyeron en las de los humanos o'gorianos. Pero ellos son decenas de millones, en tanto que vuestro número apenas si alcanza a un diez por ciento. Es imposible que hayáis conseguido influir en cuarenta o cincuenta

millones de seres...)

El lagarto interrumpió a Tilla. Una nota de vanidad latía en su «voz» mental.

—(Algunos de los nuestros poseen una mente de poderes fabulosos. Imagínate que se reúnen un centenar de ellos, los más fuertes de todos nosotros, y que acumulan en una misma dirección todos sus esfuerzos mentales. ¿Te imaginas lo que puede pasar entonces?)

Tilla se horrorizó.

Cien de aquellos seres, dotados de un fantástico poder mental, agrupados todos ellos, para reunir en una sola mente las cien... el resultado daba escalofríos.

Pero en el acto hizo una deducción.

Los cien —o el número que fuera— lagartos tenían que estar reunidos a la fuerza en un sitio, agrupados, a fin de aumentar su efectividad, como los distintos elementos idénticos de una batería eléctrica. Una pila de cinco voltios no causa sino leves cosquillas al que recibe los efectos de su descarga eléctrica. Cien pilas de cinco voltios producirían una descarga de quinientos... capaz de causar serios disturbios y aún la muerte de una persona.

Los cien «superlagartos» estaban en algún sitio. ¿Dónde?

Era preciso idear algún truco para arrancar al prisionero el lugar dónde estaban los cien lagartos.

—(Tú eres un ser leal a los tuyos. Por tanto, no me dirás dónde están reunidos esos cien compañeros tuyos.)

—(Claro que no. ¿Por quién me has tomado?)

El «tono» de la respuesta era claramente desdeñoso.

De pronto, Tilla relajó su mente. Era preciso permitir, durante una décima de segundo, que quedase bajo la influencia del lagarto.

Fue una visión rapidísima, prácticamente un chispazo de imágenes, pero suficiente para lo que Tilla pretendía.

Tilla vio un enorme grupo de lagartos, agazapados en el suelo, unidos estrechamente, costado con costado, quietos, inmóviles, envueltos en un aura de infernal malignidad, que le causó un vivo daño mental, casi físico. Pudo ver también que se hallaban en el interior de una gran oquedad, sumida en la penumbra y con una angosta abertura, del diámetro apenas suficiente para que pudiese pasar uno de aquellos seres, por donde entraba un poco de luz y el

aire suficiente para que pudiesen respirar, disminuida casi del todo en el estado paracataléptico en que se hallaban sumidos.

La visión desapareció casi al instante. Tilla sintió tina especie de golpe en la frente y, lanzando un agudo grito, cayó de espaldas.

Kenner se precipitó a socorrerla.

—¡Tilla!

La chica abrió los ojos. Su rostro estaba literalmente bañado en sudor.

—Estoy bien —sonrió, angustiada—. El esfuerzo mental... ha sido muy grande...

—¿Qué te ha pasado ahora? ¿Por qué has caído?

Tilla miró hacia el lagarto.

—Pareció como si él me hubiese golpeado —respondió—. Pero sigue hipnotizado; de lo contrario, su golpe mental, me habría matado.

—¿Ha conseguido averiguar algo? —preguntó Zondar con avidez.

—Sí, capitán, pero... Un poco de agua antes, por favor.

Zondar agitó la mano. Uno de los mercenarios corrió en busca de agua.

Kenner sostenía a la chica con un brazo en tomo a sus hombros. Sacó un pañuelo y le enjugó el abundante sudor que cubría sus facciones.

El rostro de Tilla se sonrojó al darse cuenta de las atenciones que le ofrecía el joven. Entonces trajeron la cantimplora y bebió con ansia.

Pocos momentos más tarde, se había recuperado lo suficiente para narrar cuanto había podido averiguar.

—De modo que era eso —murmuró Zondar entre dientes—. Cien lagartos, dotados de una supermente, tienen bajo su pie a cuarenta o cincuenta millones de o'gorianos.

—Él dice que los o'gorianos son ellos —Tilla señaló al prisionero.

—En cierto modo, tiene razón —dijo Kenner.

—¿Por qué? —quiso saber Zondar.

—Bien, a fin de cuentas, O'Gor no fue habitado hasta hace trescientos o cuatrocientos años. Y cuando los primeros exploradores llegaron aquí, los lagartos ya estaban.

—Sí, pero ¿por qué no mostraron entonces que su inteligencia era humana? —exclamó Zondar—. No fue sino hasta hace relativamente poco cuando se supo que poseían un limitado grado de inteligencia… que luego ha resultado ser igual o superior a la nuestra. ¿Por qué han callado tanto tiempo?

—¿Se sabe, acaso, cuál es el promedio del tiempo de vida de un lagarto? —dijo Tilla—. Nadie ha visto jamás muerto a uno de estos seres… las leyendas dicen que tienen un cementerio particular, donde se encaminan cuando presienten que van a morir.

—Como las historias sobre los cementerios de elefantes terrestres —dijo Kenner.

—Justamente. Sin embargo, y a menos que haya sido por medios violentos, nadie ha visto jamás muerto a un lagarto. Esto sólo significa una cosa: su promedio de vida es larguísimo —manifestó Tilla.

—¿Y…? —murmuró Kenner.

—Pues, sencillamente, que han podido dejar pasar el tiempo, a fin de poder estudiarnos a fondo. Quizá, en un principio, pudieron pensar que podían convivir con nosotros… pero luego se han dado cuenta de que, a medida que la población humana de O'Gor aumente, ellos irán siendo arrinconados. Esto, al dueño de una casa, un planeta en el caso presente, no puede gustarle en absoluto.

—Y por tanto, han planeado y provocado esta rebelión… ¿con qué objeto?

—Tal vez buscan la aniquilación de todos los humanos… por los humanos mismos. Entonces, ellos seguirían siendo dueños de O'Gor, porque el planeta podría ser declarado inhabitable por la Autoridad Suprema de la Galaxia.

—Eso tiene una fácil solución —dijo Zondar—. Una bomba en la cueva donde están los lagartos… ¡y se acabó!

—Sí, pero ¿dónde está la cueva?

La pregunta de Kenner provocó un gran silencio.

Tilla se mostró compungida.

—Lo siento. No pude averiguarlo.

Kenner miró a Zondar.

—Tenemos que encontrar esa cueva, capitán —dijo.

—Es lo que estoy deseando para destrozar a esos malditos…

—¡Cuidado con lo que dices, capitán! —advirtió el joven.

—¡Cómo!—chilló Zondar—. ¿Es que ahora te vas a poner de parte de esos cochinos reptiles?

—Tienen el suficiente grado de inteligencia para ser considerados como personas —declaró Kenner—. En la Galaxia no cuenta la forma física, sino la inteligencia.

—Bien, ¿y qué diablos quieres decir con una cosa que tengo archisabida?

—Sencillamente —contestó el joven—, que nos guste o no, tendremos que pactar con ellos.

CAPÍTULO XII

El rostro de Zondar se congestionó a causa de la rabia que sentía.

—¡Pactar! —estalló al cabo—. ¿Pactar yo con… con… esos lagartos… con esos candidatos a bolsos de señora?

—No queda otro remedio —dijo el joven—. Sabiendo que son personas, no podemos combatirles a ciegas, a menos que demuestren una actitud irreductible y contraria a entrar en negociaciones con nosotros.

—¡Pero nosotros hemos sido enviados aquí para reprimir una sublevación contra la autoridad legítimamente constituida! —rugió Zondar.

—Lo siento —dijo Kenner—. Las circunstancias han variado. Se ha demostrado que esos seres son personas. Por tanto, no se les puede destruir sin más ni más. Es preciso entablar conversaciones con ellos… y sólo después de que se conozca su actitud definitiva, se hará lo que resulte más conveniente para el buen orden de O’Gor y de la Galaxia. Puesto que —añadió— si esos lagartos son personas, como parece obviamente demostrado, deberán tener las mismas responsabilidades, derechos y deberes que cualquier otro ser inteligente de la Galaxia.

Zondar hinchó el pecho.

—Kenner, da la sensación de que estás olvidando quién es el que manda aquí —dijo en tono incisivo.

—Lo siento, capitán —contestó el joven.

Con toda parsimonia, abrió el bolsillo superior de su camisa y

extrajo un documento que entregó a Zondar.

—Léelo —dijo.

Estupefacto, Zondar obedeció.

Segundos después, miraba al joven con el más profundo desconcierto pintado en el rostro.

—Un Informador Delegado —dijo.

Kenner recobró sus credenciales.

—Así es —confirmó—. Informador Delegado y Plenipotenciario, enviado especial de la Autoridad Suprema de la Galaxia. Plenipotenciario —agregó con cierta malicia— significa que poseo plenos poderes. Por consiguiente, tu Compañía queda bajo mis órdenes directas a partir de este momento.

—Fui contratado por Mahlenia —alegó Zondar.

—Las circunstancias han variado. En estos momentos, soy el representante de la Autoridad Suprema —dijo Kenner, impasible—. He podido darme cuenta de que no se trataba de una simple rebelión, sino de algo mucho más profundo, cuyas causas hay que esclarecer de modo satisfactorio para todos. Los lagartos han cometido una serie de hechos que será preciso castigar, pero, al mismo tiempo, como personas, poseen unos derechos que no se les puede negar.

—¡Y también el deber de respetar las leyes galácticas! —tronó Zondar.

—Exactamente. Por eso digo que primero vamos a entablar conversaciones con ellos. Del resultado de las mismas dependerá la resolución que adopte la Autoridad Central, a la vista de mi informe.

Kenner se volvió hacia la muchacha.

—Tilla, ponte en comunicación con el lagarto. Explícale lo que pasa y dile que nos indique dónde están esos cien congéneres suyos. Calculo que deben constituir algo así como una especie de gobierno de ellos, por lo que es necesario que accedan a entablar conversaciones con nosotros. Añade que, a menos que se muestren hostiles, nosotros no queremos causarles daño, pero dile también que poseemos armas de poder fabuloso, contra las cuales, ni siquiera sus fantásticas fuerzas mentales podrían oponerse.

Tilla sonrió.

—Puedo hablarles del cañón «mataplanetas» —dijo.

—Lo que quieras —replicó él.

—De acuerdo.

Tilla se arrodilló de nuevo frente al lagarto. Mientras tanto, Kenner encendió un cigarrillo.

No, no le gustaría tener que emitir un informe negativo... ni pedir la utilización del cañón «mataplanetas».

Un nombre vulgar, pero muy adecuado.

Sus proyectiles rompían la cohesión molecular. No causaban una desintegración atómica; simplemente, las moléculas, sólidas, líquidas y gaseosas del planeta atacado, se separaban... el planeta se convertía en polvo estelar; así de sencillo.

Pero ahora, a pesar de lo que habían hecho, los lagartos resultaban ser personas. Tenían razón en lo que se refería a que ellos ya estaban en O'Gor cuando llegaron los primeros humanos.

No la tenían en cuanto, para recuperar lo que estimaban como suyo, habían recurrido a procedimientos violentos.

Era preciso obrar con sumo tacto y habilidad.

En la Galaxia había cientos de razas inteligentes, muchas de ellas con formas enteramente distintas de la humana terrestre. El resultado de lo que ocurriese en O'Gor se extendería por cientos de planetas habitados.

Las razas de forma no humana podrían sentirse ofendidas según el trato que recibiesen los lagartos inteligentes o'gorianos. Esto podía dar origen a serias perturbaciones... incluso una guerra galáctica de vastas proporciones.

Suspiró. Los lagartos habían cometido numerosas depredaciones, pero sería preciso obrar con mucha mano izquierda, en aras de la paz galáctica. Siempre que ellos se mostrasen animados de un verdadero espíritu de concordia, por supuesto.

Tilla se levantó pocos minutos más tarde.

—¿Y bien? —preguntó Kenner.

—Está de acuerdo en conducirnos a la cueva donde se halla reunido su gobierno. No obstante, ha pedido que le quitemos las ligaduras. Dice que es un ser libre y, en consecuencia, exige ser tratado como tal.

Kenner miró al ser con expresión recelosa.

—¿No tratará de jugarnos una mala pasada?

—Ha prometido portarse pacíficamente —contestó ella.

—Bien. Soltadlo, muchachos.

Dos o tres mercenarios le soltaron las ligaduras. El lagarto se enderezó, mirando a unos y otros alternativamente con ojos no demasiado amistosos.

—¿Podrás seguir comunicándote con él, Tilla? —quiso saber Kenner.

—Sí. Hemos averiguado que poseemos una receptividad sumamente parecida. No hará falta más hipnotismo.

—De acuerdo. Capitán Zondar, emprenderemos la marcha de inmediato.

—Está bien.

Zondar empezó a dar órdenes. Tilla «habló» con el lagarto y este movió su cabeza afirmativamente. Luego, sin mostrar ánimo ofensivo, el ser caminó hacia el acorazado, seguido de Kenner y de la muchacha.

La expedición reanudó la marcha pocos minutos más tarde.

Al llegar la noche, acamparon. Kenner preguntó a Tilla si había conseguido averiguar algo de Mahlenia.

—No. El ser no sabe su paradero.

—'Tal vez nos lo digan los otros... su gobierno —apuntó él.

—Es posible —convino Tilla, con cierto acento de tristeza.

Kenner captó el tono en la voz de la muchacha.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

Tilla desvió la cara a un lado.

—No, no tiene importancia...

Kenner la tomó por los brazos. La luz de las estrellas se reflejó en el rostro de la muchacha.

—¿Qué eres tú de Mahlenia? —preguntó.

Los ojos de Tilla sé dilataron.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—No lo he sabido. Me lo he figurado, que es muy distinto, pero cuando lanzaron ciertas acusaciones sobre Mahlenia, tú protestaste con demasiada vehemencia, ¿lo recuerdas?

Tilia movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Esto... más algunos otros detalles —siguió Kenner—, me hicieron pensar que tú eras o'goriana... unida a Mahlenia por cierta relación que no conozco todavía. No es muy corriente que una mujer se aliste como simple mercenario, y menos todavía, en la

Compañía que precisamente, iba a venir aquí, a O'Gor.

—Me envió Mahlenia cuando se produjeron las primeras perturbaciones —confesó Tilla—. Yo contraté la Compañía de Zondar, pero no lo hice directamente. Me limité a enviar una carta y un cheque estelar, a modo de anticipo. Luego... a fin de saber lo que ocurría, me alisté en la Compañía de Zondar.

—Y, de paso, para intervenir también, si era preciso.

—Sí. En tal caso, me hubiese dado a conocer. Como contratante, tengo derecho a dar ciertas órdenes al contratado.

—Pero ahora, todos están bajo mi autoridad.

—¿Incluso yo?

—Incluso tú.

Tilla le miró fijamente durante unos segundos. Su espléndido busto se agitaba con rapidez y su respiración se notaba entrecortada.

—No, Kenner, no... —jadeó, sintiéndose atraída de modo irresistible por los fuertes brazos del joven—. Yo no...

Los labios de Kenner buscaron vorazmente los suyos. Tilla se abandonó durante unos momentos al encanto de la caricia.

De pronto, apoyó las manos sobre el pecho del joven y le rechazó con brusquedad.

—He dicho que no, Kenner —repitió—. Olvídalo... olvida esto... Entre tú y yo... no puede haber...

De pronto, giró sobre sus talones y echó a correr, perdiéndose en la oscuridad.

Kenner sonrió. La actitud de Tilla le resultaba un tanto incomprensible, pero sí estaba seguro de una cosa: la muchacha le amaba.

Y él la quería también.

Cuando todo estuviese resuelto, le pediría que fuese su esposa. Y no admitiría negativas.

Pero antes tenía que solucionar aquel enojoso problema. Y de su actuación dependía, no sólo su propio futuro y el de Tilla, sino el de un planeta entero.

Por la mañana, reanudaron la marcha, apenas se hizo la luz de nuevo.

De vez en cuando, Tilla «conversaba» con el lagarto, el cual parecía haberse amansado en buena parte. Cerca del mediodía, la

muchacha llegó con la noticia de que antes del oscurecer se encontrarían en las inmediaciones del lugar donde estaba reunido el «gobierno» de los seres con forma de reptil.

Poco más tarde, llegó un aviso de uno de los aviones de exploración.

—Estamos divisando un enorme gentío, que se dirige hacia la columna —informó el piloto. Y añadió—. Parece que abrigan intenciones hostiles.

—¿Sen muchos? —preguntó Kenner.

—No puedo calcularlo. El suelo negrea —fue la desalentadora respuesta que recibió—. Yo diría que hay varios centenares de miles. Y os cierran el paso.

CAPÍTULO XIII

El piloto no había exagerado. El suelo negreaba de gente.

¿Cuántos había? ¿Doscientos, trescientos… Cuatrocientos mil hombres armados, furiosos, enloquecidos y dispuestos a todo, bajo el maléfico influjo de las poderosas mentes de los lagartos?

Imposible calcularlo.

Kenner contempló sombríamente la inmensa masa de seres que se extendía ante ellos, en apretadísimas filas, en una anchura de tal vez una decena de kilómetros y la mitad de fondo.

Estaban en lo alto de una pequeña loma, desde la cual dominaban una vasta extensión de la planicie en que se había desplegado aquel colosal ejército. Las vanguardias del mismo estaban constituidas por millares de lagartos, sobre cuyos lomos cabalgaban los humanos o'gorianos, a dos por lagarto. El resto eran tropas de a pie.

Zondar vino a ver al joven, sumamente preocupado.

—¿Qué hacemos? —preguntó—. Estoy acostumbrado a luchar contra un enemigo muy superior en número, pero nunca vi una cosa semejante. Claro que dispongo de armas poderosas… incluso granadas nucleares. Sin embargo, me horroriza pensar que puedo verme obligado a emplearlas contra esa pobre gente alucinada por irnos seres diabólicos.

—La solución que se precisa no es de fuerza, sino de política —

contestó el joven, cuyo cerebro trabajaba a toda marcha—. Aunque no lo parezca en este momento, hay cientos de planetas cuyos habitantes, de forma no humana pero tan inteligentes o más que nosotros, nos están contemplando. De nuestra actuación depende el futuro de muchos de esos planetas y, acaso, la paz de la Galaxia.

Zondar se horrorizó.

—¡Diablos! ¡Una guerra galáctica sería algo espantoso! ¡Los planetas volarían como triquitraques y…!

—Eso es lo que tratamos de evitar —contestó el joven. Tomó el micrófono y llamó a la muchacha por la red interna—: ¡Tilla!

—Dime, Kenner —respondió ella en seguida.

—Habla con el lagarto. Dile que se ponga en contacto con su… «gobierno» y que influya sobre esta pobre gente, a fin de que depongan su actitud levantisca, para evitar una matanza en masa.

—De acuerdo. Espera unos momentos.

Tilla le llamó cinco minutos después.

—Lo siento, Kenner.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—El lagarto manifiesta que no puede ponerse en contacto con su «gobierno».

—¿No puede o no quiere?

—Es difícil dar una respuesta exacta, Kenner. Ten en cuenta que su inteligencia es muy distinta a la nuestra. Si valiese la comparación, diría que es una inteligencia de otro plano dimensional al nuestro… una inteligencia de la cuarta dimensión. ¿Comprendes?

—No mucho, pero, en fin… Sigue, Tilla.

—Es un problema que hemos de resolver nosotros mismos. Él no puede hablar con su gobierno; no quiere mostrarse demasiado explícito y, por tanto, no estoy en condiciones de afirmar si no quiere, no puede, lo tiene prohibido o quizá es que esos cien lagartos poseen una autoridad tal sobre sus subordinados, que éstos no pueden hacer otra cosa que acatar sus mandatos.

—Comprendo. Bien, veré a ver lo que hago yo mientras tanto.

Cerró la comunicación y miró a Zondar.

—Capitán, ordena levantar bandera de parlamento. Esa gente tendrá algún jefe, creo yo.

—Está bien.

Un mástil surgió en la cúpula superior del acorazado. Poltakov se encargó de izar la bandera blanca.

—Min, adelántate —ordenó el joven.

Min puso en marcha el enorme blindado.

—Zondar, los demás, que esperen en lo alto de la colina. Mantén la comunicación abierta con la astronave y los aeroplanos exploradores.

—Conforme.

El acorazado avanzó unos mil metros. Al mismo tiempo, un pequeño grupo de unos seis u ocho o'gorianos, jinetes en tres o cuatro lagartos, galopaba hacia ellos.

Kenner descendió al primer piso y abrió la escotilla. Entonces sintió que la mano de la muchacha se apoyaba sobre su brazo.

—Kenner —murmuró ella, con aprensión.

—No tengas cuidado —sonrió el joven.

Saltó al suelo y avanzó al encuentro del grupo, deteniéndose a cincuenta metros del blindado.

Los o'gorianos se pararon frente a él.

—Marchaos —dijo un jinete, armado con un fusil—. No queremos mercenarios en O'Gor. Nosotros nos bastamos para resolver nuestros propios problemas.

Kenner no se inmutó ante la hostilidad que latía en las palabras del sujeto.

Sabía que su mente estaba influida por otras mucho más poderosas, pero sabía también que sus respuestas serían traducidas y captadas inmediatamente por aquel criptogobierno que actuaba en las sombras.

—Soy Informador Delegado y Plenipotenciario de la Autoridad Suprema de la Galaxia —dijo—. Es posible que haya cierta razón en vuestras quejas, pero las habéis expuesto mal, en forma por completo inadecuada. Deponed vuestra actitud; en nombre de la Autoridad Suprema, os prometo justicia plena para unos y otros —y al decir esto, miró de forma significativa al lagarto que tenía más cerca.

—No reconocemos esa autoridad —contestó el hombre—. Nuestra autoridad somos nosotros mismos. Marchaos. Es nuestra última palabra.

—¡Esperad! —gritó el joven, desesperado—. Es preciso evitar

una carnicería inútil. A pesar de que sois muchos, no podréis vencer. Dadme un plazo prudencial… veinticuatro horas tan sólo. No es mucho, pero en ese corto espacio de tiempo se pueden resolver todos los problemas.

El hombre vaciló.

—Está bien. Veinticuatro horas. Pero si mañana, a estas horas, no habéis dado la orden de retirada, os exterminaremos sin piedad —dijo el o'goriano con gesto ceñudo.

Lanzó un grito. El lagarto que montaba volvió grupas y se alejó al galope, seguido de los restantes.

Kenner se limpió el abundante sudor que le corría por la frente.

Regresó al acorazado.

—¿Qué han dicho? —preguntó Zondar en tono lleno de curiosidad.

—Esos condenados lagartos les tienen dominados por completo…

—¡Maldición! ¡Si me dejaras actuar, Kenner, verías cómo arreglaba yo este asunto en menos de cinco minutos!

—No —denegó el joven—. Repito que se impone una solución política, no de fuerza.

Reflexionó unos instantes.

—Llama a uno de tus aviones de exploración y ordena al piloto que aterrice aquí en seguida.

—Está bien —accedió Zondar de mala gana.

Tilla le miró con temor.

—¿Qué piensas hacer, Kenner?

—No se puede tratar con la masa, sino con el gobierno —respondió él.

—Entiendo —murmuró la chica.

—Esos lagartos tienen derechos; no se les pueden negar. Hacerlo así, sería sentar un funesto precedente… y ya no hablo de lo caro que me costaría personalmente, sino de las catastróficas consecuencias que podrían tener para cientos de millones de personas… personas humanas y no humanas.

—Sí —dijo ella pensativamente—. Es preciso negociar.

—Hasta el límite —concluyó él. Y tras unos segundos, añadió—: Anda, tráete al lagarto.

Tilla obedeció.

Momentos después, la muchacha salía por la escotilla, seguida del prisionero.

—Dile que vamos a volar directamente a la cueva donde está su gobierno. Añade que ellos serán muy poderosos, pero nosotros lo somos más. Dile también que queremos hacerles justicia, si es que tienen alguna queja contra nosotros, pero que el uso de la fuerza no les resolverá nada, como no sea su propia destrucción. ¿Has comprendido?

—Sí, claro.

Tilla se enfrentó con el reptil. El ser se encogió unos segundos más tarde, mirando al joven con una expresión que a éste le pareció de temor.

—Está conforme en guiarnos hasta la cueva —dijo ella a poco.

—De acuerdo.

El aeroplano aterrizó minutos después. No era muy grande, pero podía contenerles cómodamente.

Antes de partir, Kenner dio una orden:

—Zondar, evite la pelea, en cuanto le sea posible. Soporte, si es preciso, las provocaciones y, esto sobre todo: no use armas nucleares.

—Los políticos me revientan —manifestó el mercenario.

—Pero está obligado a obedecerme. No olvide que puedo retirarle su patente de capitán de una Compañía de mercenarios —advirtió el joven severamente.

La amistad de Zondar se había transformado en animosidad. Kenner se sintió disgustado para su fuero interno, pero no quiso aumentar más los motivos de fricción.

—Está bien, vamos.

Instantes después, el aparato remontaba el vuelo.

El aeroplano podía desplazarse a grandes velocidades. La distancia hasta la cueva donde se hallaba reunido el criptogobierno de los seres reptiles, fue cubierta en menos de una hora.

El avión aterrizó a un centenar de metros de la boca de la cueva. Ésta se hallaba en la base de una gran colina rocosa, de un par de cientos de metros de altura.

Kenner y Tilla saltaron al suelo. Pese a todos sus esfuerzos, el prisionero se negó a abandonar el avión.

Parecía presa de un vivísimo terror y no hubo medio de

convencerle para que depusiera su actitud.

—Iremos tú y yo solos —decretó el joven finalmente.

Agarró la mano de Tilla, para infundirle ánimos.

Caminaron despacio hacia la misteriosa cueva, sintiendo una especie de presión mental que casi les causaba un daño físico.

Instantes después, se hallaban ante la boca de la cueva. Para franquearla, tuvieron que caminar a gatas durante una docena de metros.

Se detuvieron luego, enderezándose cuando dispusieron de espacio suficiente para ello. Poco a poco, sus ojos se habituaron a la penumbra que reinaba en el interior de la cueva.

Entonces divisaron un enorme grupo de lagartos, estrechamente unidos los unos con los otros. Doscientos o más pares de ojos les miraban fría, heladamente.

La hostilidad de los lagartos era patente.

Al fin, Kenner murmuró:

—Tilla, háblales, diles quién soy yo y qué es lo que pretendo...

—No es necesario —«dijeron» cien voces de pronto, en el interior de la mente del joven—. Ya sabemos cuanto ocurre y todo lo que pretendéis.

—¿Y...? —preguntó Kenner, sintiéndose preocupado al máximo.

CAPÍTULO XIV

La respuesta del «gobierno» de los reptiles se demoró unos segundos.

—O'Gor es nuestro planeta. Somos sus amos. No queremos que nos mande nadie que no pertenezca a nuestra propia raza.

—Pero ¿por qué no lo dijisteis hace cuatrocientos años, cuando desembarcó aquí el primer contingente de humanos? —«preguntó» Kenner, admirado de poder comunicarse telepáticamente con aquellos seres.

—Eran pocos y había espacio suficiente para todos.

—Durante mucho tiempo, se os consideró seres de inteligencia limitada.

—Estábamos estudiándoos. Cuatrocientos años, para uno de nosotros, es apenas la quinta parte de nuestra existencia. Nos

equivocamos en cierto modo; nunca creímos que vuestro desarrollo y multiplicación tuvieran lugar de un modo tan rápido.

—¿Y bien, qué deseáis ahora? Como Informador Delegado y Plenipotenciario, poseo determinados poderes para tomar una resolución en vuestro caso. Siendo inteligentes, tenéis derecho a enviar un representante, como hacen todas las razas galácticas, al Consejo Ejecutivo de la Autoridad Suprema. Ese representante defendería vuestros intereses, que serían atendidos con toda justicia. Lo que no se puede hacer es provocar una rebelión que ha causado ya millares de víctimas, con el solo objeto de recobrar algo que nunca se supo fuera vuestro.

—Hace tiempo que hicimos ya reclamaciones. No fueron atendidas. Esto nos movió a lanzarnos a la lucha.

Kenner se sorprendió. Volvió el rostro hacia Tilla.

—¿Qué sabes tú al respecto? —preguntó.

—Mahlenia era la gobernadora. Yo no intervenía para nada en sus actos. Pero sé que dejaba las funciones de gobierno en manos de sus consejeros…

Kenner apretó los labios.

—Los cuales, seguramente, habrán obrado a su antojo, tratando a los lagartos a zapatazos o poco menos.

—Así ha sido —«dijeron» cien mentes a la vez.

Kenner tomó su decisión en el acto.

—El planeta es vuestro, pero cuarenta o cincuenta millones de personas no pueden ser expulsadas sólo porque unos desaprensivos no hayan querido consideraros como a seres intelectualmente iguales a nosotros. Algunos de esos consejeros han sido castigados ya —se acordó de los quince o veinte que habían muerto en los sótanos de aquel edificio—. En cuanto a los demás, serán desterrados de O'Gor. Mahlenia perderá su gobierno, por haber descuidado las funciones que le habían sido asignadas por quienes la habían elegido como su gobernadora.

»Pero, repito, esos cuarenta o cincuenta millones de personas no pueden recibir el castigo correspondiente a unos cuantos centenares tan sólo. Vosotros cometisteis un error al no haber mostrado vuestra inteligencia desde un principio; también debéis purgar esa falta, aceptando vivir en una zona de O'Gor que os será asignada a vosotros en exclusiva. Los humanos no franquearán sus límites y

vosotros no los traspasaréis y, además, os abstendréis, en lo sucesivo, de influir en sus mentes. Ésta es la decisión que tomo en nombre de la Autoridad Suprema y que debéis aceptar, so pena de destrucción total de vuestra raza.

Hubo un momento de silencio mental. Kenner esperó ansiosamente la respuesta.

—Aceptamos, pero con una condición.

—De acuerdo.

—Los mercenarios se irán cuanto antes.

—Prometido.

—Nosotros daremos orden de concentración de todos los seres de nuestra raza en un área, cuyos límites serán fijados más adelante por una comisión nombrada al efecto.

—De acuerdo.

—Mahlenia será desterrada del planeta. Y toda su familia también.

—Es una petición justa. ¿Cuándo liberareis las mentes de los humanos?

—Están libres ya.

Kenner reflexionó unos minutos. La entrevista podía darse por terminada, pero no quería marcharse, sin antes pronunciar unas frases de despedida.

—La Galaxia está hecha para que todas las razas inteligentes pueblen sus planetas y vivan en paz y armonía, respetando y siendo respetados por los demás. La forma física no importa; el Creador asignó a cada raza la que creyó más conveniente para su desarrollo. Es el alma lo que tiene verdadera importancia y, hombre o reptil, si hay rectitud de intenciones, se puede aspirar a vivir y coexistir en paz.

—Eso es lo que deseamos nosotros —«respondieron» las cien mentes a la vez.

—Nombraréis vuestro representante en el Consejo Ejecutivo. Será bien recibido y atendidas todas sus indicaciones tendentes a obtener mejoras para vosotros. Nadie mirará su cuerpo, sino su espíritu.

—Tú hubieras debido estar en el lugar de Mahlenia —«dijeron» los auténticos o’gorianos—. Las cosas se hubieran desarrollado de un modo muy distinto.

—Como se desarrollarán en lo sucesivo —sonrió Kenner—. Adiós.

—Adiós —le despidieron cien cerebros.

Kenner tomó el brazo de la muchacha. Salieron fuera.

El sol de O'Gor les pareció más brillante y luminoso que nunca.

—Regresemos.

El lagarto escapó presuroso. Kenner dio orden al piloto de emprender el vuelo.

Cuando sobrevolaban el lugar donde esperaban Zondar y sus hombres, vieron que la multitud se dispersaba despacio. Los lagartos, sin sus jinetes, galopaban desenfrenadamente en dirección a la cueva donde estaba su gobierno.

Al aterrizar, vieron que junto a Zondar había una mujer joven y muy hermosa.

—¡Mahlenia! —gritó Tilla.

La joven miró a Tilla de mal talante.

—Ah, eres tú —dijo en tono despectivo—. Ya era hora de que se te viese tu fea cara.

Tilla se quedó parada. Kenner avanzó un par de pasos.

—Capitán, esta mujer queda directamente bajo tu custodia. Será conducida a la Tierra, donde quedará desterrada de O'Gor a perpetuidad.

—Tú no puedes hacerme eso a mí —chilló Mahlenia, lívida y descompuesta—. Contraté a esta compañía de mercenarios para que me devolvieran a mi puesto...

—Mahlenia, tú ya no eres la gobernadora de O'Gor —dijo Kenner, impasible—. Es hora de que te metas eso en la cabeza. Tu ineptitud sólo corre parejas con tu hermosura, pero ser hermosa no significa que poseas inteligencia.

Mahlenia miró a Tilla.

—Tú eres mi hermana. Puedes interceder...

Tilla inspiró profundamente.

—No. No lo haré, Mahlenia. Y no digas que es por envidia, sino porque estimo que es mi acto de justicia. Puede que no fueses mala, pero sí descuidada; te aprovechaste de tu rango para disfrutar de sus ventajas, olvidando por completo tus deberes. Todo cuanto te sucede, sólo es culpa tuya y no debes achacarlo a nadie que no sea a ti misma.

Mahlenia la miró acobardada.

—Yo no quería... — balbuceó.

—Eso es lo que dicen los ineptos después que cometen un grave error —sentenció Kenner—. Zondar, obedece mi orden.

—Sí, Kenner.

Zondar hizo una señal. Dos mercenarios avanzaron y se llevaron a Mahlenia.

El capitán meneó la cabeza.

—No sé por qué —dijo—, pero me parece que, de ahora en adelante, pocos hombres voy a poder comprar.

—Es posible que tengas razón —convino el joven—. Las soluciones de fuerza, salvo en casos extremos, irán siendo descartadas poco a poco. Las Compañías de mercenarios acabarán por desaparecer.

Zondar suspiró.

—La cría de gallinas es una cosa que siempre me atrajo. Y menos peligrosa que combatir de planeta en planeta.

Sonrió un poco y luego se alejó.

Kenner y Tilla quedaron frente a frente.

Tilla tenía la cabeza baja. Kenner apoyó una mano en su barbilla y le obligó a levantar la cara.

—Mírame, Tilla. Ahora, cuando yo te diga que vas a ser mi esposa, contéstame que sí.

—Kenner, yo...

—Siempre has tenido un poco de envidia a tu hermana. Ella es hermosa y tú no. Es eso lo que me ibas a decir, ¿no?

—Por favor —suplicó ella.

—Recuerda lo que hablé hace poco con los auténticos o'gorianos. No es el cuerpo lo que cuenta, sino el alma.

—Yo soy grande, enorme... Casi no parezco una mujer...

Kenner la atrajo hacia sí.

—Eres mucho menos fea de lo que tú te crees, pero, en todo caso, eso poco cuenta para mí. Cuando uno busca mujer, no busca tanto belleza de cuerpo como de alma, ¿has comprendido?

Tilla se rindió.

—Sí —suspiró—. ¿Cómo podría contestarte negativamente, si estoy deseando decir todo lo contrario?

FIN